

Antonio Orlando
Rodríguez

PAUL
RIVET

ESTUDIO DEL
HOMBRE AMERICANO

Ilustraciones
Liliana Ramos



COLCIENCIAS





col
00779

Antonio Orlando Rodríguez

PAUL
RIVET

ESTUDIOSO DEL HOMBRE AMERICANO



Ilustraciones
Liliana Ramos



COLCIENCIAS

**COLCIENCIAS**

Director: Fernando Chaparro Osorio
Subdirector de Programas Estratégicos: Hernán Jaramillo Salazar
Asesor de la Subdirección de Programas Estratégicos: Jesús María Álvarez
Coordinación editorial: Julia Patricia Aguirre

Dirección editorial
y diseño general:

Carlos Nicolás Hernández
Tres Culturas Editores Ltda.
Carrera 35 No.14-67 Tel.: 2 37 70 56
Fax 2 39 72 85

Ilustraciones y fotomontajes: Liliana Ramos

Autoedición: Anacelia Blanco Suárez

Preprensa electrónica: Fitolito Colombia Ltda.

Primera edición: octubre de 1998

ISBN: 958-9037-70-4

© Antonio Orlando Rodríguez.

© Derechos reservados: Colciencias

Fax: 6251788

E-mail: info@colciencias.gov.co

Transv. 9A No. 133-28

Santafé de Bogotá, D. C.

Colombia - Suramérica

Impresión: Panamericana Formas e Impresos S. A.

Hecho en Colombia

Printed in Colombia - South America



CONTENIDO



Pág. 5
I
El libro



Pág. 13
II
El reloj



Pág. 21
III
El estilógrafo



Pág. 29
IV
Los anteojos



Pág. 41
V
El cuaderno



Pág. 49
VI
El velero



Pág. 59
VII
Epílogo





I El libro

(Blénod les Toul, Francia, 1884)

adie me lo contó: yo estaba allí y lo presencié todo.

Si no hubiera estado enfermo de la garganta y afuera hubiera brillado el sol, lo más probable es que el pequeño Paul habría salido de paseo al río junto con su padre y sus hermanos. Pero no, le había tocado en suerte quedarse dentro de la casa. Por suerte las amigas de su madre habían venido a visitarla con sus hijos y al menos tenía compañeros con quienes jugar. Pero madame Rivet le había advertido que mucho cuidado con asomar la nariz más allá de la puerta, ¡ay de él si se atrevía a salir al jardín! Y de nada valió que el muchacho protes-



tara: tuvo que resignarse a quedarse bajo techo con sus amigos Michel y Jean, y a inventar juegos para no aburrirse.

Yo vi muy bien sus caras de disgusto cuando se sentaron alrededor de la mesa a pensar qué harían durante aquella tarde nublada y un poco fría.

—¿Jugamos a los acertijos? —propuso Michel, el pelirrojo.

—¡Oh, no! Ya no más adivinanzas, por favor —rogó Paul—. Estoy harto de adivinanzas.

—Entonces, volvamos a ver la colección de escarabajos de tu padre —sugirió el gordiflón que respondía al nombre de Jean.

—Pero, ¿otra vez? —protestó el hijo del maestro Rivet—. La han visto ya una docena de veces.

—Pues entonces, quedémonos cruzados de brazos y quietos como estatuas hasta que sea la hora de irnos —exclamó, burlón, Michel.

—O mejor pongámonos a estudiar matemática —dijo Jean, con tono sarcástico.

—Se me ocurre algo mejor —dijo Paul, con un brillo especial en la mirada—. Les mostraré un libro de mi padre.

—¿Cuál?

—El atlas.

Los chicos se miraron, sorprendidos. Aquel no era un libro cualquiera, era uno de los tesoros de su profesor. En cierta ocasión, lo había llevado al salón de clases y les había permitido echarle una ojeada, pero de lejos, sin acercarse más de lo debido, y sin tocarle las páginas, por supuesto, no fueran a ensuciarlas con los dedos manchados de tinta. Todos los chicos de la escuela respetan mucho a monsieur Rivet: sabían que, antes de dedicarse a la enseñanza, había sido subteniente del tercer Regimiento de Voltigeurs de la Garde, y que había perdido el brazo derecho en una batalla, durante la guerra de 1870. Claro que con el único brazo que le quedaba, con una regla a la que llamaba Juliette, golpeaba duro en las puntas de los dedos a los indisciplinados.

—¿Él te deja tocar ese libro? —inquirió Jean.

El pequeño Paul se sonrojó y, en lugar de responder, señaló un mueble de madera lleno de libros y cuadernos. Allí, en lo más alto, ocupando un sitio de preferencia, estaba yo, quieto y con las tapas cerradas,

aparentemente ajeno a todo, pero sin perderme ni una palabra de la conversación.

Había llegado a la casa de monsieur Rivet varios años atrás y, desde entonces, me convertí en uno de los más preciados libros del maestro de escuela de aquel pequeño pueblo de Ardennes. A veces, casi siempre los domingos, mi dueño me tomaba en sus manos, pasaba un paño húmedo sobre mi cuerpo, para quitarme el polvo, y luego se sentaba en su butaca preferida, a hojear mis páginas y a contemplar los mapas de continentes lejanos, tan distantes de aquel pedacito de tierra boscosa, al noreste de Francia, donde le había tocado en suerte vivir. A veces llamaba a su hijo para que viniera a mirarme. Lo sentaba en una de sus piernas y me colocaba a mí encima de la otra, y de ese modo, pasando mis páginas en silencio con su única mano, viajaban por el mundo.

—Aquí naciste —le decía el padre, indicando un punto en el territorio de Francia—. En un pueblito llamado Wassigny, en 1874.

Sin embargo, no puedo ocultar que aquella tarde, cuando Paul me señaló con el dedo delante de sus amigos, un estremecimiento de sorpresa recorrió mi lomo. Nunca, nunca antes nadie que no fuera el maestro Rivet me había tomado en sus manos. Yo era una especie de libro singular, al que se acudía en momentos especiales, que se contemplaba con cierta reverencia. No me trataba ni con los manuales de gramática y de historia natural que utilizaba monsieur Rivet para dar sus clases, y, por supuesto, también me creía muy superior a las novelas de amor que leía madame Rivet. Todos ellos me envidiaban y me consideraban un petulante orgulloso, pero sus opiniones no me daban ni frío ni calor.

—¿Por qué se quedan callados? —inquirió el niño de la casa, contemplando a sus amigos con expresión de desafío—. ¿Quieren ver el atlas o no?

—Claro que queremos —repuso el gordo.

—Pero, ¿y si aparece el maestro? —se atrevió a decir el del cabello rojizo—. No creo que le haga mucha gracia que miremos su libro sin permiso.

Pero el pequeño Paul no se detuvo a escuchar sus dudas. Se asomó un instante a la puerta y, después de comprobar que en la habitación contigua madame Rivet y las madres de sus amigos conversaban muy entretenidas mientras sus manos movían hábilmente las agujas de tejer



crochet, tomó una silla y tratando de no hacer ruido la colocó encima del librero.

Tuvo que pararse en puntas de pie para alcanzarme y por un momento temí que me tumbara al piso a mí y a todos los libros que ocupábamos el anaquel superior. Pero, por fortuna, no fue así. Haciendo equilibrios, me sostuvo entre sus manos y pronto estuve encima de la



mesa, ante las miradas admirativas de sus compañeros.

- Es hermoso... —musitó Jean.
- Mucho —asintió Paul, acariciando mi carátula.
- ¿Puedo... puedo tocarlo? —preguntó Michel.
- Puedes, pero con cuidado.





Casi con reverencia, los chiquillos recorrieron con las yemas de sus dedos mis tapas de cartón duro. Sentí cosquillas, pero, naturalmente, sólo me reí para mis adentros.

El pequeño Paul leyó los caracteres escritos sobre mi cubierta:

—Atlas L' Histoire de la Géographie et des découvertes géographiques, par M. Vivien de Saint-Martin, président honoraire de la Société de Géographie de

Paris. Librairie Hachette y C^o —y luego una sonrisa le iluminó el rostro—: ¡Juguemos a los viajeros!

“¿Qué juego será ese?”, me pregunté, con cierto temor. “Espero que no se parezca a los que juegan afuera, en el patio, cuando hace sol, esos donde abundan las carreras, los empujones y los golpes, y que tantas veces he visto a través de los cristales de la ventana”. Pero me tranquilicé cuando escuché la explicación del hijo del maestro Rivet:



—Cada uno abrirá el libro en una página cualquiera, al azar, y con los ojos cerrados señalará un punto en el mapa. Ese será el sitio al que viajará cuando sea grande. ¿De acuerdo?

Los otros aceptaron con entusiasmo y hasta a mí me pareció interesante el divertimento. El primero en probar suerte fue el pelirrojo. Con evidente emoción separó mis páginas y dejó caer el dedo índice en uno de mis planisferios.

—*¡Espagne!* —leyeron los otros dos niños.

—Viajarás a España —dijo Michel.

—No muy lejos, por cierto —se burló Paul.

—Ahora probaré yo —exclamó Michel.

Y su dedo indicó *Sibérie*.

—¡La Siberia! ¡Allí sí que hace fr-r-r-ío! —comentó el hijo del maestro Rivet.

—Es tu turno —dijo Jean—. Muéstranos adónde irás cuando seas mayor.

El pequeño Paul cerró los ojos con fuerza, respiró profundo, abrió mis páginas con decisión y su dedo fue a dar al mapa de la *Amérique du Sud*, específicamente al sitio donde decía Ecuador.

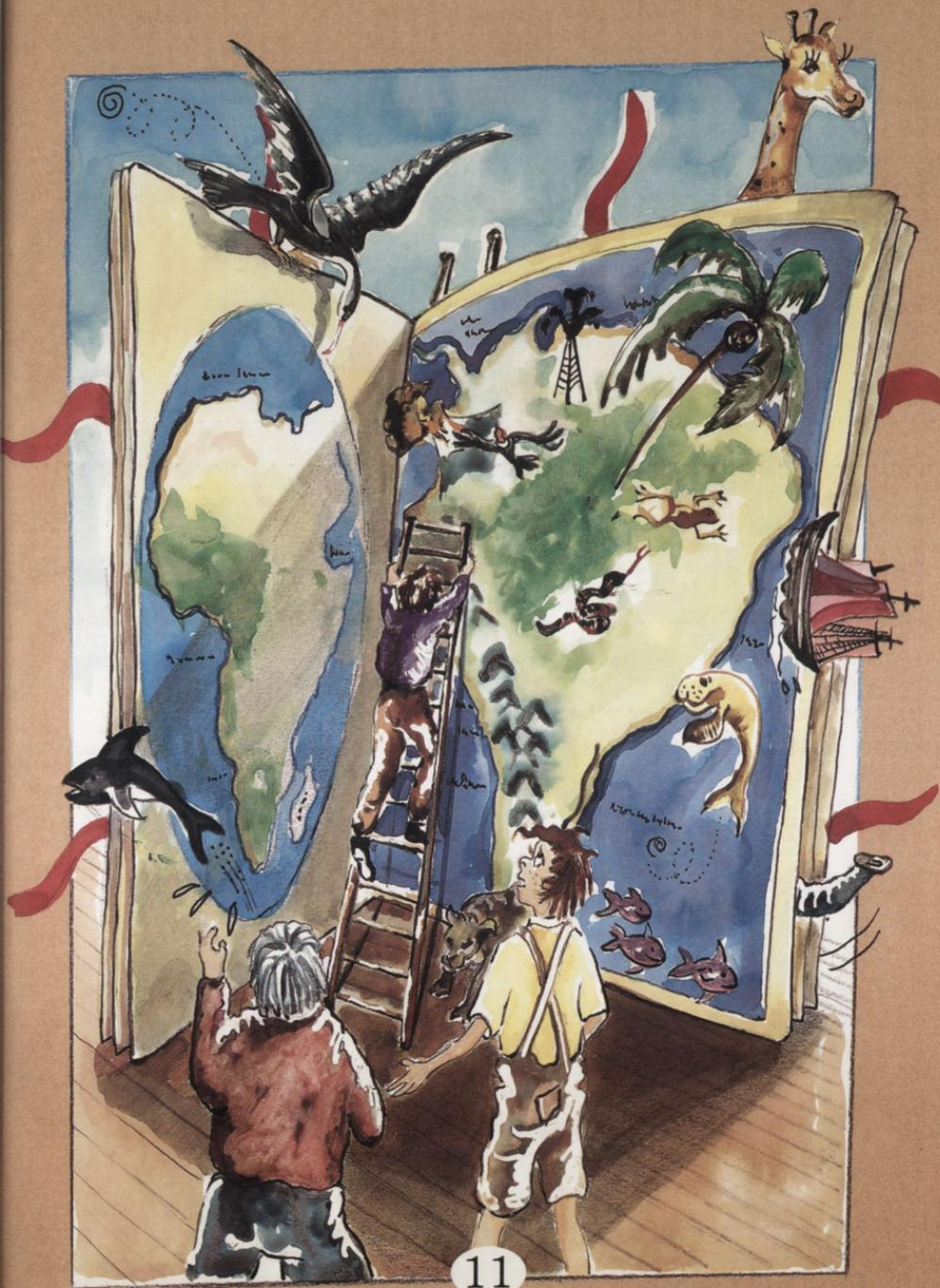
—¿Qué lugar será ese? —murmuró Jean—. Nunca lo había escuchado nombrar.

—Un sitio lejano, sorprendente y misterioso... —fantaseó Paul.

Todos parecían divertidos y decidieron probar suerte de nuevo. El segundo viaje de Michel lo condujo a *Groenland* y el de Jean, a *La Mekke, Arabie*. Pero cuando le correspondió el turno a Paul, ¡oh sorpresa!, nuevamente mis páginas se abrieron en el mapa de *Amérique du Sud* y esta vez su dedo indicó un país desconocido llamado *Columbia*.

—Una vez más... —pidió Michel, y en esta ocasión su destino fue *Ceylan*.

Jean también probó fortuna de nuevo y le correspondieron las *Iles Britanniques*. Pero cuando fue el turno de Jean, y por tercera ocasión apareció la *Amérique*, sus amigos pensaron que se trataba de algún truco. Esta vez el lugar señalado fue *Mexique*.



—¡Eres un tramposo! —gruñó el pelirrojo.

—¡Basta de jugar sucio! —protestó el gordiflón.

En vano Paul trató de convencerlos de que todo había sido obra de la casualidad. Me hubiera gustado poder hablar para decirles que, en efecto, no había mediado ningún truco. Pero sus amigos estaban molestos y se marcharon al otro salón, a reunirse con su madre.

Paul quedó solo frente a mí, ante el mapa de aquel continente al que nunca antes había prestado mucha atención.

—*Amérique du Sud* —murmuró con voz tan queda que nadie, sino yo, pudo oírlo.

Su dedo índice comenzó a trazar un largo itinerario: *Mexique, Golfe du Mexique, Isthme de Tehuantepect, Yucatan, Guatemala, S. Salvador, Isthme et Golfe de Panama...* ¡Pues sí que le gustaría visitar esos lugares remotos! Lugares muy diferentes de Blénod les Toul, sitios donde crecían árboles, frutas y flores raros, donde pájaros sorprendentes alegraban el cielo con sus plumas multicolores y sus chillidos, donde las gentes vestían ropajes curiosos y hablaban lenguas difíciles de comprender... Su dedo continuó aquel viaje de sueños: *Venezuela, Columbia, Ecuador, Perou, Bresil, Bolivia, Argentine, Patagonie, Terre de Feu...*

Y en ese instante el pequeño Paul, el hijo del maestro de escuela, se preguntó si aquel sueño, con el tiempo, se convertiría en realidad, si alguna vez podría caminar por aquellas tierras, contemplar sus montañas y sus selvas, conversar con sus gentes...

La voz del padre, que regresaba del paseo con sus otros hijos, lo volvió a la realidad. Rápidamente, sin perder un instante, volvió a subirse en la silla y me devolvió a mi lugar de siempre. Entre un tratado de geometría y una novela de Dumas. Desde allí pude escuchar como el maestro Rivet llamaba a Paul y lo invitaba a comer las fresas que sus hermanos habían recogido. Un sol débil comenzaba a brillar en el cielo.

Paul suspiró, me echó una última mirada, y luego salió a reunirse con sus padres. Y yo me quedé en mi rincón, preguntándome si todo habría sido un simple juego o si en verdad algún día aquel muchacho viajaría a las distantes y misteriosas regiones de la *Amérique du Sud*.

1



7



6

2

8

9



II

El reloj

(Francia, 1901-Ecuador, 1906)



i dueño es el doctor Rivet. Médico y teniente. Lo acompaño desde aquel día de 1897 en que se graduó como médico en la Escuela del Servicio de Salud Militar, a los veintiún años de edad. Fui un regalo de graduación que le hizo alguien —no recuerdo con certeza quién— y desde entonces he estado a su lado.



Mientras más cerca se está de los hombres, uno aprende a conocerlos mejor. Cada decisión, cada duda, cada pensamiento, cada anhelo, nos revela algo sobre el ser humano y así, poco a poco, vamos dibujando su temperamento, su sensibilidad.



Del doctor Rivet puedo decir que es voluntarioso y que cuando se le mete una idea entre ceja y ceja no descansa hasta convertirla en realidad; pero, al mismo tiempo, es capaz de reflexionar, de escuchar los argumentos de quien opina de manera distinta a la suya, de recapacitar y modificar su juicio, si se da cuenta de que ha cometido un error.

Rivet es un hombre modesto que, sin proponérselo, siempre sobresale por su inteligencia, donde quiera que esté y sean quienes sean los que le rodeen. Y parece que siempre fue así: desde que estudiaba en el Lycée de Nancy, en Lorraine, y obtenía las mejores calificaciones. Cuando terminó su enseñanza secundaria, por un momento pensó matricular en la Escuela Normal Superior de la calle de Ulm, pero para su padre hubiera sido muy difícil costear esos estudios. Así pues, luego de haber hecho el primer año de la Facultad de Medicina de Lille, decidió presentarse al concurso de admisión de la Escuela de Servicio de Salud Militar y obtuvo la tercera mejor calificación.

Puedo afirmar con orgullo que él vive pendiente de mí. A cada rato me saca del bolsillo de su chaleco y me echa una mirada, como si quisiera comprobar que no ha malgastado ni un minuto de su vida y que todavía tiene un largo tiempo por delante para hacer cumplir sus planes.

Aunque sería tonto pretender negar que soy viejo —pues cada hora de la vida de un reloj equivale a un día de la vida de un hombre—, lo cierto es que el doctor nunca ha tenido queja de mí. Me esfuerzo por ser puntual, porque sé que esa es una de las virtudes que más aprecia, y cuando noto que mi minuterero, perezoso, intenta rezagarse unos segundos, enseguida le llamo la atención para que recupere el paso.

Sólo una vez, una y nunca más, hasta hoy, fue necesario que me llevaran a una “clínica” para relojes. En honor a la verdad, la culpa no fue mía, sino de mi propietario, que por un descuido tropezó y me hizo caer sobre un andén. El cristal que cubre la mitad de mi cuerpo se convirtió en un montón de pequeñas astillas.

Él me recogió sin hacer comentario alguno, pero por la forma en que movió la cabeza y suspiró, supe que aquel accidente lo había disgustado profundamente. A la mañana siguiente, muy temprano, me llevó al taller de Monsieur Demy, el relojero, y le pidió que me cambiara el cristal.

—Es bastante antiguo su reloj, doctor —comentó Monsieur Demy, mientras me aproximaba a su oreja peluda para comprobar si mi *tic tac*

era saludable—. ¿No le gustaría adquirir uno nuevo? Sé de un sitio donde venden unos hermosos, recién traídos de Suiza, y a muy buen precio.

El corazón —es un decir— estuvo a punto de dejarme de latir. ¿Y si el doctor me abandonaba? ¿Y si, en efecto, había llegado el momento de ceder mi cálido rinconcito en el bolsillo del chaleco a uno de esos relojes helvéticos, de magnífica reputación, quizás hasta de oro?

Miré a Rivet, esperando con ansiedad su respuesta.

—¿Y para qué querría uno nuevo, si este aún sirve? —ripostó el doctor, con impaciencia—. Mejor reloj viejo conocido que joven, y desconocido, por conocer —añadió, bromeando, y si Monsieur Demy hubiese tenido buen oído, seguramente habría podido escuchar mi suspiro de alivio.

—No le falta razón —murmuró el relojero—. Ya no se encuentran relojes como este. Sólidos, confiables y puntuales. Le pondré otro cristal y quedará como nuevo: puede venir mañana por él, doctor.

—¡Nada de eso, lo necesito hoy mismo! —replicó Rivet—. Mañana debo trasladarme a Burdeos, pues salgo de viaje por mar.

—¿Lejos?

—¡Mucho! ¿Ha escuchado usted hablar de la República del Ecuador?

El arreglarrelojes frunció las cejas, intrigado; evidentemente la geografía no era su fuerte.

—Pues allá vamos, a cumplir una recomendación de la Conferencia de la Asociación Geodésica Internacional, a medir nuevamente un meridiano ecuatorial.

—¿Nuevamente? —preguntó el relojero, mientras buscaba y rebuscaba en varias cajas un cristal apropiado a mi anatomía—. ¿Es que ya lo habían medido antes?

—Lo midieron las expediciones de La Condamine, Bourger y Godin, pero eso fue hace más de un siglo. Ahora hay progresos científicos que permitirán realizar los cálculos de modo más exacto.

—¡Ah! —exclamó Monsieur Demy y asintió, como si hubiera entendido algo.



Sé que hay otros relojes más lujosos que yo, hechos con materiales más nobles en fábricas más famosas, pero tengo el convencimiento de que el doctor Rivet no encontrará quien le sirva con mi devoción. En cualquier caso, es difícil aventurar lo que ocurrirá mañana, pero ahora estoy cerca de él, acompañándolo con mi

cadencioso *tic tac*, mientras la proa de esta embarcación surca el océano hacia la América del Sur.

El doctor Rivet sigue siendo el mismo joven delgado, de pequeña estatura y con lentes, al que me regalaron hace cuatro años, pero ahora parece mayor, tal vez por el bigote. Ha sido designado por el gobierno francés para tomar parte, en calidad de médico, en la misión científica del Servicio Geodésico de la Armada Francesa que viaja a Ecuador, al mando del general Bourgeois. Creo que, entre todos los ofi-



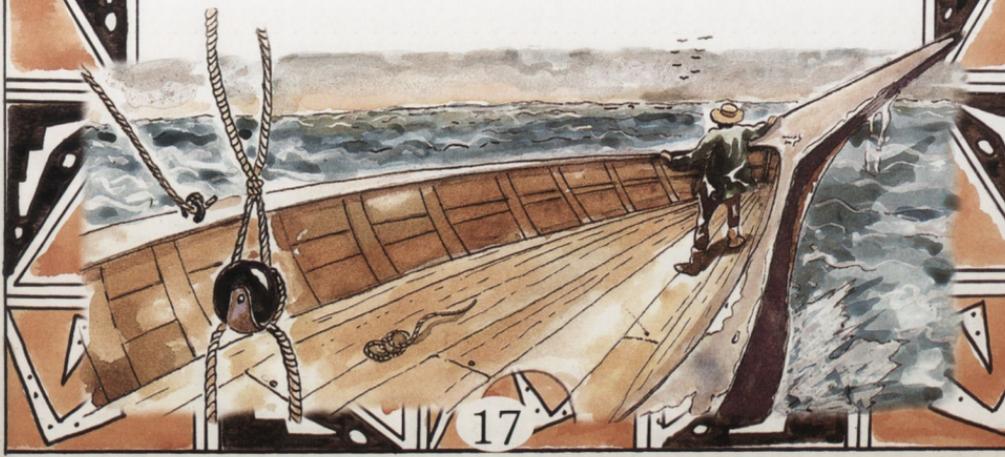


ciales que conforman la tripulación, es el de menor edad... Por vez primera verá el mar, y no sólo lo verá, sino que lo cruzará.

Ahora mi dueño está muy cerca de la borda. Su figura, de pequeña estatura, se recorta contra un cielo despejado. Las olas del mar se rompen contra la superficie del barco y salpican de espuma sus botas lustradas. La mirada del doctor Rivet se pierde en

lontananza, pero sólo alcanza a ver azul, azul y más azul. Él, fanático de las novelas de viajes extraordinarios escritas por Julio Verne, es ahora el protagonista de una aventura. ¡Y en la realidad!

En ese momento, acude a su memoria el recuerdo de cierta tarde lluviosa en la pequeña casa de sus padres, en Blénod les Toul; vuelve a verse en compañía de otros niños, observando a hurtadillas, en un enorme atlas, un planisferio de la *Amérique du Sud*, y vuelve a dejar caer, a ciegas, la punta del dedo índice sobre el papel. *Ecuador*.



El doctor sonríe y respira profundo: un sueño que parecía difícil de alcanzar ha comenzado a hacerse realidad... Atraviesa el *Océan Atlantique* de papel del viejo atlas de su infancia, ahora transformado en un mar profundo y bravío. Ya no es un chicuelo, es un hombre joven y ambicioso, lleno de proyectos. Pero el niño de antaño y el doctor están unidos por un mismo sentimiento: la curiosidad, el deseo de saber. Más allá del océano, lo esperan nuevos paisajes y gentes, y quién sabe cuántas experiencias y descubrimientos sorprendentes.

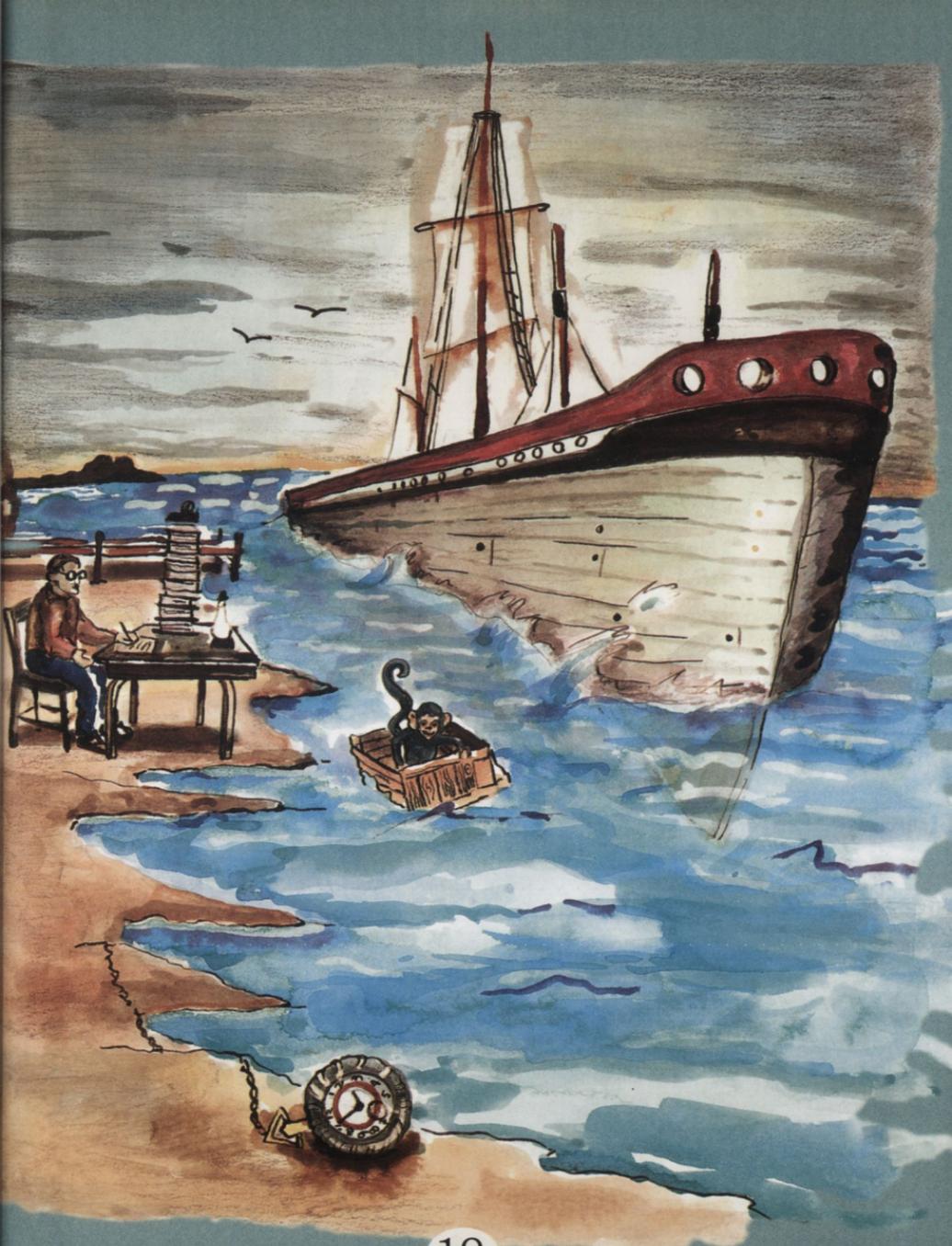
Después de varias semanas de navegación, llegamos, por fin a la República del Ecuador. Y aquí, en este país de regiones tan distintas entre sí, permanece Rivet durante seis años. Se encarga de velar por la salud de los miembros de la expedición, pero, además, poco a poco empieza a atender, también, a pacientes ecuatorianos. De ese modo, comienza a conocer y a entender a las gentes del país.

En Ecuador, Rivet emplea parte de su tiempo libre realizando largos paseos al campo, durante los cuales recoge muestras de plantas y animales que despiertan su curiosidad. ¡Son tan diferentes a todo lo conocido en el Viejo Mundo!

Esos especímenes botánicos y zoológicos son empacados con gran cuidado, en cajas resistentes, y remitidos a las más importantes instituciones científicas de París, con el propósito de que sean estudiadas y clasificadas. Como respuesta, Rivet recibe cartas llenas de palabras de agradecimiento de afamados naturalistas franceses, quienes lo exhortan a continuar revelándoles los secretos de la naturaleza de la América del Sur. Gracias a sus envíos, han podido identificar especies y géneros nuevos, a algunas de las cuales, como señal de agradecimiento, bautizan con el adjetivo *Riveti*.

Pero, con el devenir del tiempo, la atención del doctor Rivet comienza a centrarse en otro campo. Deja a un lado la botánica y la zoología para interesarse por los sitios arqueológicos de la región andina, que explora en compañía de su amigo monseñor Suárez, obispo de Ibarra. Estudia las piezas arqueológicas reunidas en esas expediciones y llega a la conclusión de que en Ecuador existen diversas culturas indígenas, que conservan sus rasgos peculiares a pesar de la expansión del imperio de los incas y de los efectos de la dominación española.

Junto con el doctor Rivet aprendí a hablar el castellano —aunque él, debo reconocerlo, logró hablarlo con más fluidez que yo. Rivet escribía en un cuaderno, meticulosamente, todos los datos que lograba reunir



sobre las comunidades indígenas con las que se relacionaba: informaciones sobre la anatomía de los aborígenes, sobre su lenguaje, su arqueología, creencias, costumbres y tradiciones. Y leía mucho, leía las crónicas de la conquista española y los tratados de los historiadores ecuatorianos.

Conocimos a los indios cayapo de la costa pacífica y a los jívaro del Amazonas. Rivet supo que los miembros de la etnia colorado, del Pacífico, padecían de un extraño mal llamado “la enfermedad del sueño” e hizo una investigación sobre ese tema. Y aprovechando que en Quito, la capital del país, había indígenas del Napo, estudió las peculiaridades lingüísticas del idioma quechua.

Si alguien me hubiera preguntado a mí, al viejo reloj que lo acompañaba en sus ires y venires por el territorio ecuatoriano, cuál fue el más valioso descubrimiento que hizo Rivet durante esos años, no habría mencionado ni las nuevas especies zoológicas y botánicas que contribuyó a clasificar ni tampoco los hallazgos arqueológicos ni los datos sobre las diferentes etnias que recogió en los artículos publicados en París en el *Journal de la Société d' Anthropologie* y en el *Journal de la Société des Américanistes*.

Lo más relevante, para el doctor Rivet, fue descubrir que los indígenas con los que había convivido no eran “salvajes”, como durante siglos se había repetido despectivamente en Europa: comprobar que eran seres humanos dueños de inteligencia y de creatividad, cuyas culturas merecían ser estudiadas con atención y respeto. Esos seis años, hicieron nacer y crecer en Rivet el deseo de dedicarse al estudio del hombre americano y de sus orígenes.

En 1906, el ya capitán doctor Rivet inició los preparativos para retornar a Francia. Había tomado la determinación de no ejercer más la profesión de médico: deseaba dedicar todo su tiempo y empeño a los estudios americanistas. Estaba decidido a convertirse en un gran etnólogo.

Nos embarcamos una mañana con muchos cuadernos de apuntes y con una importante colección arqueológica. Pero, además, Rivet se llevaba consigo a una joven ecuatoriana, perteneciente a una de las más distinguidas familias del país, de la que se había enamorado y con quien había contraído matrimonio: Mercedes Andrade Chiriboga, su compañera para toda la vida.

Claro que cualquiera que lo hubiera escuchado hablar, podría pensar que Rivet ya era viejo, y nada más lejano de la verdad. Tenía 32 años y un brillante porvenir delante de él. Al regresar de Ecuador, la Armada lo había asignado al Museo Nacional de Historia Natural con el fin de que estudiara y clasificara las colecciones que había traído de Suramérica. El 4 de mayo de 1907, había sido nombrado caballero de la Legión de Honor. Y un año más tarde había abandonado el ejército y aceptado el nombramiento como director adjunto del laboratorio de antropología del Museo.

—Es muy hermoso tu nuevo estilógrafo —dijo su esposa, mientras me sostenía en sus manos finas, con el propósito de cambiar de tema y hacerlo olvidar el robo de que había sido víctima.

—¡Pobre reloj! —insistió Rivet, sin hacerle caso—. ¿Quién sabe dónde estará ahora?

—Hoy sólo he escuchado malas noticias —se quejó Mercedes—. El hijo de la vecina se rompió una pierna, la comida se me quemó y ahora, para colmo, tu reloj desaparece. ¿Es que ya no suceden cosas buenas en el mundo, profesor?

Paul Rivet quedó un instante en silencio y luego sonrió levemente.

—Sucedan —dijo—. ¡Me escogieron como secretario general de la Sociedad de Americanistas!

—¡Esas sí son buenas noticias! —exclamó Mercedes, con alegría, y lo abrazó muy fuerte—. Esto merece una copa de vino.

Poco a poco fui descubriendo a quién pertenecía la mano que me empuñaba para escribir durante horas y horas, sin fatiga, llenando hoja tras hoja de papel. ¡Yo no era una pluma estilográfica cualquiera: era propiedad de un científico! En aquellos años que estuve a su servicio, aprendí muchísimo sobre los indígenas americanos, pues lo auxilié cuando redactaba sus estudios sobre distintas etnias de Suramérica.

Rivet era incansable, hizo artículos sobre las lenguas indígenas de Bolivia y de Colombia y sobre la influencia amazónica en las comunidades andinas; sobre las prácticas funerarias de los indígenas de Ecuador y el origen de la palabra Perú; sobre la protección de los indios en Brasil y las afinidades de las lenguas del sur de Colombia y del norte de Ecuador; sobre los cráneos de los aborígenes de Yucatán y el origen de los aborígenes de Perú y de Bolivia. Yo trataba de ayu-

darlo deslizándome a la mayor velocidad posible sobre el papel y evitando las desagradables manchas de tinta.

Varios de esos estudios los realizó conjuntamente con el marqués de Créqui-Montfort, otro investigador de las lenguas americanas. La colaboración entre ambos se mantuvo durante toda su vida.

Para desarrollar sus trabajos, muchas veces contaba con la ayuda de informantes que le enviaban datos y observaciones desde distintos países; él analizaba ese material y llegaba a conclusiones.

Entre todas sus publicaciones de estos años, la que lo consagró como una autoridad en los estudios americanistas fue su *Ethnographie Ancienne de L'Equateur*, editada en 1912.

Todos los sábados, por la tarde, los esposos Rivet recibían en su pequeño apartamento en un quinto piso del bulevar de Saint-Marcel, a todos aquellas personas, profesionales o estudiantes, que se interesaban por los estudios sobre América Latina. Yo escuchaba —a veces sin entender mucho, pero siempre complacido— las discusiones que sostenía mi dueño con lingüistas como Beuchat, Meillet y Marcel Cohen y con filósofos como Langevin. Todos hojeaban los libros esparcidos sobre una gran mesa y probaban el café que repartía madame Mercedes. Aquellas reuniones de los sábados eran verdaderas clases magistrales donde los jóvenes podían aprender de los más prominentes maestros.

Rivet se enfurecía cuando alguien pretendía justificar el colonialismo explicando que las sociedades que no pertenecían a la civilización occidental eran inferiores a esta. Y es que a él no le preocupaba únicamente la investigación científica: vivía pendiente de todos los acontecimientos políticos y sociales de su país. Había abrazado las ideas del socialismo y tenía el anhelo de contribuir, mediante sus estudios, a que las civilizaciones se aproximaran y comprendieran.

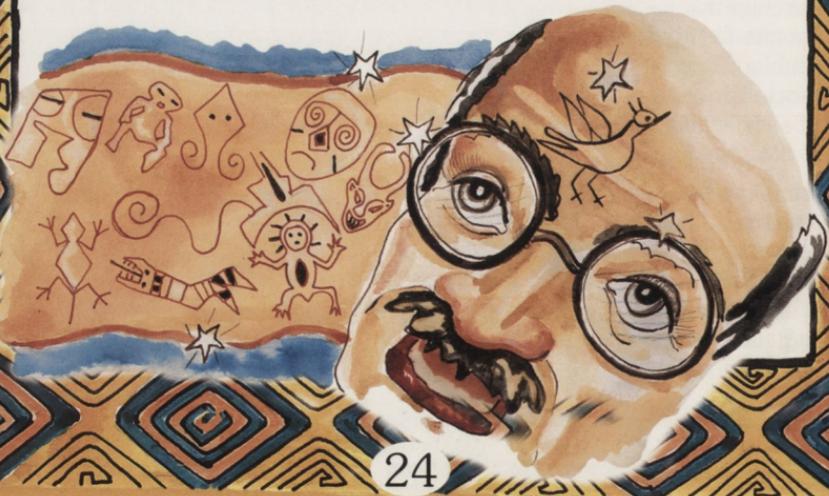
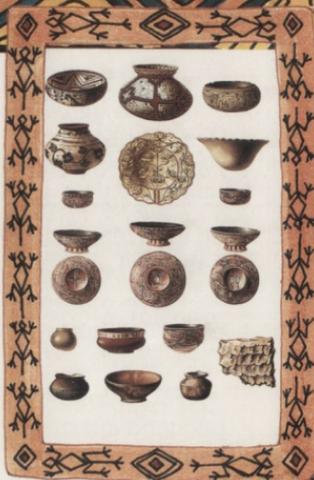
Sin embargo, en 1914 su vida de investigador se interrumpió. Durante varios años no hubo más reuniones los sábados en el apartamento de los Rivet. La primera guerra mundial sacudió a Europa y el capitán Rivet fue movilizado el 2 de agosto, a los 38 años de edad. Participó en la campaña de Francia, como médico-jefe de la ambulancia n° 4 del tercer Cuerpo de la Armada. De ese modo intervino en batallas como las de Marne, Somme y Verdun. Preocupado por los soldados que recibían heridas en el abdomen y que morían antes de ser



trasladados al hospital, Rivet instaló su ambulancia a cuatro kilómetros de las trincheras y en ella realizaba operaciones de gravedad.

Para mí no fue fácil abandonar el pequeño escritorio parisiense, en el que tantas páginas lo había ayudado a redactar, para salir al campo de combate. Pero si mi dueño no protestaba, ¿cómo iba a hacerlo yo? Claro que en ese tiempo Rivet no escribía artículos para las revistas científicas, sino cartas en las que comentaba lo difícil que era manejar el bistrú bajo un violento bombardeo enemigo.

¿Y dónde estaba, mientras tanto, su dulce esposa de ojos azules? Nadie piense que Mercedes Andrade de Rivet se había quedado en el hogar de París, aguardando que terminara la guerra. Ella también quiso luchar con el ejército y Rivet, que creía en el valor de las mujeres y las apoyaba siempre, accedió a su deseo.





Así pues, doña Mercedes comenzó a conducir una ambulancia que trasladaba heridos desde las zonas de combate hasta los hospitales de campaña. Y aunque resultó herida en una ocasión, no renunció a su puesto.



Entre abril de 1916 y noviembre de 1918, Paul Rivet sirvió en las filas de la Armada Serbia como médico-jefe del hospital n° 13 y demostró su coraje durante el ataque de Kaimaktchalan. Luego fue nombrado director del Servicio de Epidemiología e Higiene de las armadas aliadas en Oriente y durante un año se esforzó por derrotar el paludismo y la disentería, enfermedades que atacaban tanto a las tropas como a la población civil.

El 20 de diciembre de 1918, fue promovido a Oficial de la Legión de Honor. El mensaje donde le comunicaban que había sido distinguido con ese reconocimiento, decía: "por haber dado





siempre el ejemplo del más bello coraje y de la más grande abnegación”.

Pero la guerra terminó por fin y, en 1919, pudimos volver a París. A veces, cuando recibía visitas en su estudio, el doctor me señalaba con orgullo y comentaba: “¡Este estilógrafo me acompañó durante toda la guerra!”

Claro que tenía otras plumas, más modernas, que le habían regalado diferentes colegas y amigos. Él las usaba también, pero eso no me ponía celoso, pues sabía que él sentía una gran predilección por mí. Yo ocupaba un lugar especial en su escritorio y, cuando debía redactar algún documento de especial importancia, era a mí a quien escogía. Por eso, aunque viejito ya, me esmeraba por escribir cada vez mejor.

Rivet reanudó su vida de investigador y profesor. Escribió muchos nuevos artículos, que publicaron las principales revistas de ciencias. Y volvieron a realizarse las reuniones semanales, todos los sábados, para hablar no sólo de ciencia, sino también de política.

—Los hombres de pensamiento no podemos dejar la política en manos de los políticos profesionales —solía decir—. La política es cosa de todos, y no de unos pocos.

En 1926, a los 50 años, mi dueño fue escogido como secretario general del nuevo Instituto de Etnología de la Sorbona, del que había sido fundador junto con Levy Bruhl y Marcel Mauss. Dos años después lo nombraron director del Museo de Antropología del Trocadero. En ese período, empezó a publicar estudios donde exponía sus ideas sobre el poblamiento americano.

Pero, por entonces, una nueva idea empezó a dar vueltas en su cabeza. Su esposa —y yo, que estaba presente por casualidad— fuimos los primeros en conocer, de boca del doctor, ese nuevo sueño. Quería crear un gran centro internacional de educación popular, de enseñanza superior, de investigación y de documentación.

—¿Te imaginas, Mercedes? Un lugar donde estén agrupadas las principales colecciones francesas de etnología y antropología, donde se reúnan las bibliotecas de los americanistas, los africanistas y los oceanistas —y detrás de sus lentes, sus pequeños ojos lanzaban destellos de entusiasmo—. Un centro donde etnólogos, arqueólogos, soció-

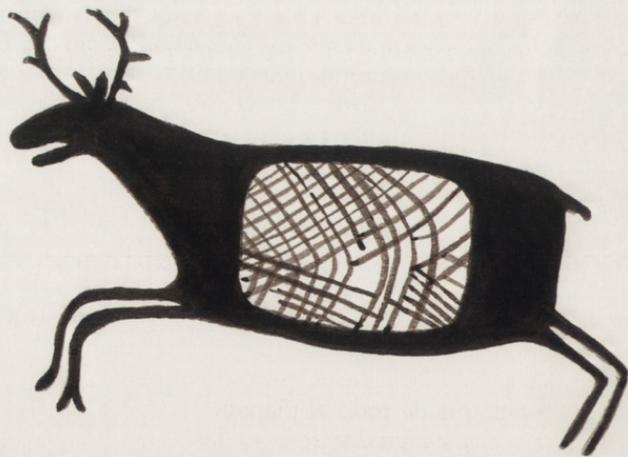
logos e historiadores trabajen juntos para estudiar el origen y el desarrollo de las civilizaciones humanas.

—¡Maravilloso..., pero difícil! —comentó Mercedes, y yo, que estaba encima del escritorio, asentí.

Rivet levantó una mano y la agitó en el aire para impedirle decir una palabra más.

—Sí, sí, ya sé que será complicado. Pero, ¿hay algo que no se pueda lograr si uno es tenaz y tiene fe? —dio una palmada sobre el escritorio, tan fuerte, que me hizo rodar y casi se me sale un poco de tinta, y afirmó—: ¡El Museo del Hombre será una realidad!

Si ese otro sueño llegó o no a convertirse en una realidad, fue algo que nunca supe, porque una tarde en que salía ensimismado del metro, pensando en la forma de materializar su proyecto, el doctor tropezó con otro ladrón y esta vez fui yo, la pluma estilográfica, el objeto robado.



colecciones del Museo Nacional de Historia Natural, del Museo de Etnografía, de la Biblioteca de Americanistas y del Instituto de Etnología de la Universidad de París. La tenacidad y la capacidad de convencer de Rivet daban, una vez más, fruto.

El día de la inauguración fue uno de los días más felices en la vida de Paul Rivet. Estuvo a punto de dar saltos de alegría y los ojos se le humedecieron por la emoción. Nosotros lo sabemos bien, porque estuvimos muy cerca de él en aquel momento trascendental: subidos encima de su nariz, bien sujetos a las orejas para no caernos y hacernos añicos.

Casualmente, el profesor Rivet nos había estrenado un día antes. Hacía tiempo que, al leer y escribir, la vista se le fatigaba, y un oftalmólogo le recetó lentes nuevos. Así llegamos nosotros a su vida. Dos lentes escoltados por una moldura de pasta negra: unos anteojos muy sencillos, pero dispuestos a ayudarlo a ver mejor. Fuimos sus compañeros inseparables durante dos años, hasta que el mismo oftalmólogo consideró que era hora de sustituirnos por otros de mayor aumento. Pero en esos meses que permanecimos junto a él, fuimos testigos de acontecimientos muy importantes.

Nunca olvidaremos la impresión que nos produjo entrar por primera vez al Museo del Hombre. A la entrada, un impresionante tótem de los indios canadienses nos dio la bienvenida. En el vestíbulo de la planta baja, un enorme globo terráqueo adornado con fotografías de distintos pueblos del mundo nos invitaba a subir las escaleras para adentrarnos en la exposición. En el segundo piso, conocimos mediante mapas las principales razas, civilizaciones y lenguas de la humanidad. Luego penetramos en la galería de la prehistoria, donde, de una forma clara y sencilla, como para que pudiera ser entendido por la gente común, se explicaba cómo había sido la vida de nuestros más remotos antepasados y se mostraban fragmentos de esqueletos de hombres prehistóricos. Y más allá, los salones dedicados a los diferentes grupos étnicos, con objetos e informaciones sobre su vida y costumbres a través de los tiempos. América Latina, por supuesto, estaba representada por valiosas colecciones provenientes de Ecuador, México, Perú y Colombia.

Visitar el Museo fue como hacer un viaje por el pasado y el presente de la humanidad, por las similitudes y diferencias entre los distintos pueblos del planeta. Aunque luego acompañamos muchas veces al doctor Rivet en sus recorridos por las salas del Museo, nunca olvidare-

mos aquea primera ocasión, cuando tantos tesoros deslumbrantes se mostraron ante nosotros.

Rivet y sus colaboradores habían estudiado durante largo tiempo cómo organizarían el Museo, de tal modo que los visitantes conocieran todo lo que habían aportado los pueblos antiguos a la civilización contemporánea y abandonaran sus instalaciones convencidos de que era una tontería hablar de razas “inferiores” y “superiores” o de razas “puras”. ¿Acaso las antiguas culturas amerindias, con frecuencia despreciadas y consideradas “atrasadas”, no habían sido capaces, como resultado de su desarrollo intelectual y filosófico, de descubrir, muchos años antes de la colonización europea, el cero, la escritura y el sistema decimal, y de desarrollar una orfebrería exquisita?

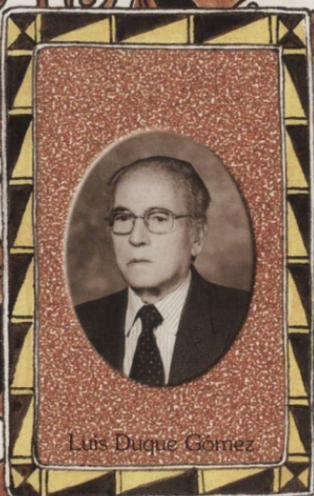
Nosotros llegamos a conocer el Museo tan bien como Rivet y, si hubiéramos podido hablar, no habríamos tenido inconveniente alguno para servir de guías a los cientos de visitantes que, llegados de todos los rincones de Francia y del extranjero, recorrían, admirados, sus salones, admirando y comparando objetos provenientes de las civilizaciones de todos los continentes.

Tal y como había soñado Rivet, el Museo ponía a la disposición de los investigadores y estudiantes una biblioteca de más de cien mil volúmenes, salas de conferencias, una fototeca, una fonoteca, una librería de textos científicos y de relatos de viajeros y hasta un salón de té llamado “Nat Totem”, donde era posible degustar platillos tan exóticos para el paladar europeo como tamales mexicanos o cuscús argelino.

Los cursos abarcaban materias como antropología y fisiología de las diferentes razas, lingüística, religión y etnografía. Y el museo, cosa excepcional, tendría sus puertas abiertas al anochecer, pues Rivet consideraba fundamental que los trabajadores manuales, una vez concluidas sus obligaciones del día, pudieran acudir a él para instruirse y recrearse.

—Ya ese sueño es realidad —le susurró doña Mercedes a su esposo, aquel día de la inauguración a la que acudieron ministros, embajadores y científicos destacados—. ¿Cuál será el próximo?

—Todavía no lo sé —respondió Rivet—, pero te prometo que serás la primera en enterarte.



En febrero de ese año inolvidable, Rivet había sido promovido a Comandante de la Legión de Honor por el Ministerio de Asuntos Extranjeros. Así pues, aquel fue un momento importante de su trayectoria. Pero el año que se avecinaba, 1938, traería consigo la posibilidad de regresar, de nuevo, a un continente que lo apasionaba: América Latina.



Aunque por entonces nosotros todavía no estábamos al servicio del profesor Rivet, sabemos, porque a los anteojos nos encanta leer papeles viejos y cuadernos de apuntes, que después de aquella estancia inicial en Ecuador, entre los años de 1901 y 1906, él había vuelto a América Latina en otras oportunidades.

En 1927, visitó Argentina y Paraguay. En 1928, conoció Brasil y, un año más tarde, México. En 1930, retornó a México, pero también llegó a Guatemala y El Salvador. Cada uno de esos viajes fue aprovechado para investigar, estudiar e intercambiar informaciones con los especialistas de cada país. Pero, claro, los países de





América Latina no habían sido los únicos visitados por Rivet. También estuvo en otros como Macedonia, Albania, Holanda, Italia, Indochina, Siam, Egipto, España, Inglaterra, Portugal y Marruecos.



Sin embargo, en 1938 haría un viaje especial, que tendría consecuencias insospechadas. Ese año recibió una carta firmada por el recientemente electo presidente de Colombia, el doctor

Eduardo Santos, en la que lo invitaba a visitar su país. La ciudad de Bogotá celebraba el cuarto centenario de su fundación y con ese motivo fueron programadas diversas actividades culturales y científicas, a las cuales habían sido convidados algunos intelectuales extranjeros de renombre.

Lo que nosotros ignorábamos era que Rivet había conocido al periodista y político bogotano durante las reuniones semanales que daba en su pequeño apartamento y a las que acudían, además de los franceses estudiosos de América Latina, muchos de los intelectuales latinoamericanos que pasaban por París. Entre



el doctor Santos y él había surgido una cálida amistad y por esa razón, ahora que era el primer mandatario de su país, aquel liberal culto y sencillo, tan preocupado por la ciencia y la educación, lo convidaba a dar una serie de conferencias.

—¿Cuándo saldrás rumbo a Bogotá? —le preguntó Mercedes, sin dudar ni por un instante que la respuesta sería afirmativa.

—Dentro de unas semanas —dijo él, feliz ante la perspectiva de conocer aquel país en el que nunca había estado, pero sobre cuyos indígenas había escrito varios artículos—. He leído que desde hace un par de años están haciendo excavaciones arqueológicas en algunas regiones colombianas y me gustaría mucho visitar esos sitios.

—Pero, ¿crees que tendrás tiempo? —comentó Mercedes—. Seguramente querrán que dictes conferencias en la capital y que estés presente en actos.

—Habrá tiempo para todo —concluyó su esposo.

Y, en efecto, lo hubo.

En aquel viaje a Colombia, Rivet y nosotros, sus anteojos, descansamos muy poco. ¡Había tanto que ver! ¡Tantas personas interesantes con las que intercambiar conocimientos y experiencias!

Como le había advertido Mercedes, su presencia fue requerida en numerosos actos oficiales y recepciones, pero él buscó el modo de relacionarse con quienes iniciaban los estudios antropológicos en Colombia. Fue así como conoció a Gregorio Hernández de Alba, un destacado investigador autodidacto, a quien el gobierno del doctor Santos acababa de nombrar jefe del recién creado Servicio Arqueológico Nacional.

Hernández de Alba había creado tres años atrás, con Guillermo Fischer, la Sociedad de Estudios Arqueológicos y Etnográficos. Conjuntamente con el arqueólogo e historiador español José Pérez de Barradas, estuvo a cargo de las primeras investigaciones arqueológicas con carácter sistemático efectuadas en el país, en las regiones de San Agustín y Tierradentro. Así mismo tuvo a su cargo tanto la organización de la Exposición Arqueológica, conformada por objetos prehistóricos colombianos, que se estaba exhibiendo en la Biblioteca Nacional, como la visita a Bogotá de cincuenta indígenas de La Guajira, Putumayo, Páez, Sibundoy, Tierradentro y Guambía.

Rivet, por supuesto, recorrió la muestra de piezas prehistóricas, algunas de ellas obtenidas por Hernández de Alba en sus excavaciones y otras prestadas por coleccionistas particulares, y también disfrutó con las danzas de los indígenas guambianos y las chirimías de los paeces en sus presentaciones en el Parque de la Independencia. Nosotros, anteojos acostumbrados a la gente de París, quedamos encantados con la sencillez de aquellas gentes vestidas con ropas de tejidos multicolores. Pero lo que más nos sorprendió fueron los sombreros de los guambianos, tan parecidos a los de algunos pueblos asiáticos.

Siempre preocupado por sus estudios americanos, Rivet aprovechó la presencia en Bogotá de esos representantes de los indígenas guambianos para entrevistarlos, con la ayuda del padre Marcelino de Castellví y de Sergio Elías Ortiz, y obtener información para un artículo sobre su lengua.

Y, en efecto, como había asegurado a su esposa, el tiempo alcanzó para todo. En compañía del embajador de Bélgica en Colombia, Rivet visitó los sitios arqueológicos de San Agustín.

Y, claro está, siempre sobre la nariz del profesor Rivet y muy bien sujetos a sus orejas, para no caernos en las aguas del río Magdalena o extraviarnos entre la maleza, fuimos con él a visitar los trabajos de campo que se realizaban en aquella zona del Huila, al sur de los Andes colombianos, donde nacen los ríos más grandes del país.

Camino a San Agustín, nos deslumbraron el canto de los pájaros y las cascadas de centenares de metros de altura que caían, en la lejanía, de las montañas rocosas. Nuestro guía, sin aminorar la marcha, nos las fue presentando:

—La cascada de la Chaquira... La Chorrera... La de Bolívar... El Salto de Bordones...

Los árboles y las colinas nos dieron la bienvenida al valle. El suelo estaba cubierto por una alfombra ondulante de gramíneas que se movían suavemente, acariciadas por el viento, y como un telón de fondo, los picos de la serranía.

Ernesto Gumis, un cazador y pescador de la zona, que trabajaba en las excavaciones al mando de Hernández de Alba, nos servía de guía. Él iba revelando el nombre de cada elevación, nombres que para los



habitantes del lugar eran cotidianos, pero que para nosotros, anteojos que por primera vez estábamos en el Nuevo Mundo, tenían un no sé qué de misterioso y mágico:

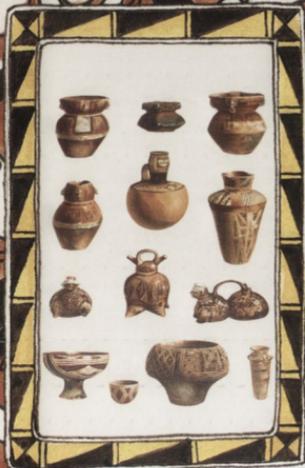
—Aquel es el Alto de Lavapatas, ese otro se llama Uyumbe, este es el cerro de la Pelota y aquel que ven de ese otro lado es el Alto de la Cruz. Por allí tienen Las Mesitas y luego el Alto de los Ídolos

Y allá, muy lejos, ¿ven?, allá están las cinco puntas nevadas de los Coconucos.

Como sabíamos que aquella visita a San Agustín era muy importante para Rivet, nos esforzamos por ayudarlo a ver bien, pero muy bien, las enormes estatuas, casi todas más altas que él, huellas de una antigua civilización. Aquellas figuras talladas en rocas de diferentes calidades, de grano fino unas, otras de grano grueso,

Fuente ceremonial de Lavapatas
Parque Arqueológico de San Agustín, Huila, Colombia





todas en un tiempo muy lejano, con rústicos cincelos y martillos de piedra dura, tal vez para custodiar un lugar sagrado, nos contemplaban también a nosotros, con una expresión amenazadora en sus rostros, con ojos muy abiertos y bocas desmesuradas que permitían ver los colmillos gigantes. Otras, en cambio, nos observaban con dulzura, malicia o recogimiento. Pero quizás todas ellas, desde



de la inmovilidad pétreo de sus cuerpos macizos y desproporcionados, pensaban: “¿Quiénes son estos extraños que vienen a curiosear en nuestro territorio? ¿Por qué, después de tantos y tantísimos años de tranquilidad y olvido, los hombres han comenzado a excavar la tierra y a interesarse por los secretos que guardan nuestras tumbas antiguas?” Quizás... quién sabe.

—Recuerda a un jaguar —exclamó Rivet, señalando una estatua.

—Pero no, amigo mío, claramente es una figura humana —ripostó su acompañante belga.



El guía los interrumpió explicando que era la estatua del hombre-jaguar. Y nos relató aquel viejo mito, una historia que había viajado durante siglos, de boca en boca, para que tuviéramos el privilegio de escucharla.

Cuentan que hace miles de años, en el principio de los principios, un jaguar violó a una muchacha indígena y del vientre de esta nació un hombre-jaguar. Aquel niño creció y, cuando fue mayor, se fue a vivir a los páramos, cerca de una laguna. Allí habita desde entonces, guardando celosamente toda la sabiduría de los jaguares y de los humanos. Y hasta allí acuden los brujos para entregar sus secretos a los más jóvenes. Cuando truena, es como si rugiera el jaguar, el mensajero de las divinidades, y el brujo descifra las buenas o malas noticias que comunican, mediante el trueno, los dioses.

Pronto nos percatamos de que en varias de las estatuas se combinaban las figuras humanas con las de serpientes, ranas, monos, lagartos y águilas, animales todos propios de la región, para dar como resultado aquellas criaturas fantásticas. Nos entristeció, así mismo, que algunas de ellas estuvieran mutiladas, por la erosión del tiempo o por el poder destructivo de algunos hombres.

Por supuesto que no dejamos de visitar la fuente del Alto de Lavapatas, que había sido encontrada el año anterior, gracias a los trabajos arqueológicos, y que muchos consideraban el monumento más interesante del arte agustiniano. En el lecho rocoso de aquella quebrada, los antiguos pobladores de la región habían tallado un laberinto de piletas y canales, todo adornado con figuras de lagartos, serpientes y hombres. El agua, al correr por aquel laberinto, producía el efecto de que las figuras estaban en movimiento.

—Yo fui el primero en verla —comentó, orgulloso, Ernesto Gumis— y corrí a avisarle al doctor. Él mandó varios hombres conmigo y entre todos limpiamos el lugar, que estaba lleno de tierra y hojarasca, y así fue como apareció la fuente.

—Después de contemplar esta maravilla, ¿alguien podría dudar de la capacidad de los amerindios para crear obras de arte? —musitó nuestro dueño.

Rivet dio varias conferencias en Bogotá. En una de ellas, realizada en la Biblioteca Nacional, habló sobre los orígenes del hombre americano. Tal vez por lo novedoso del tema, la sala estaba repleta. Habían

acudido intelectuales, periodistas, estudiantes universitarios y de la Normal Superior y simples curiosos interesados en conocer las teorías que expondría aquel famoso investigador llegado de París sobre quiénes habían sido los primeros pobladores de América. Tan repleto estaba el local que, ante la afluencia del numeroso público que continuaba llegando, fue necesario poner un altavoz en la puerta de entrada de la Biblioteca, para que, desde la calle, los que no alcanzaron silla pudieran escuchar la charla.

Rivet sedujo al auditorio con su dominio del español, su exposición fluida y convincente y sus ideas. Todos escuchaban embelesados la palabra sabia y sencilla de aquel hombre de 62 años, calvo y de baja estatura, que miraba a los asistentes a través de nosotros, sus anteojos de gruesos cristales. Él transmitía con pasión el resultado de sus estudios de muchos años.

Rivet consideraba que no todos los pobladores originales del Nuevo Mundo habían llegado de Asia, atravesando el estrecho de Bering. En su opinión, otros grupos étnicos distintos de los asiáticos vinieron, en época tardía, para asentarse en el continente y que la variedad de las poblaciones, las civilizaciones y las lenguas americanas eran resultado del mestizaje de esos primeros pobladores.

Rivet planteaba que era muy posible que, además de los asiáticos, hombres provenientes de pueblos australianos hubieran arribado a la América del Sur, bordeando el Antártico. Igualmente, era probable que navegantes melanésicos hubieran llegado hasta las costas pacíficas americanas y a las costas de California, asentándose en esos territorios.

Aquellas teorías de Rivet fueron divulgadas en el periódico *El Tiempo*, que le dedicó amplia cobertura a sus conferencias.

Otra de las charlas ofrecidas en Bogotá tuvo lugar el 30 de agosto, a las 6 de la tarde, en el edificio de la Academia Colombiana de Historia, y llevó por título "Impresiones sobre los monumentos históricos de San Agustín". En esa oportunidad, el director del Museo del Hombre expuso sus impresiones sobre el reciente recorrido que había hecho a San Agustín. Comentó que, a su juicio, los rasgos negroides acentuados y generalizados que se apreciaban en la estatuaria monumental de la región eran un posible indicio de la presencia de elementos de la cultura melanésica en Colombia.

Pero toda visita tiene su final y también a esta le llegó el suyo.

Antes de marcharse de Bogotá rumbo a Barranquilla, donde tomaría el vapor que lo conduciría de regreso a su hogar, Rivet ofreció a Gregorio Hernández de Alba una beca para que, al año siguiente, realizara estudios de antropología en el Instituto de Etnología de la Universidad de París y en el Museo del Hombre. Y solicitó al presidente Santos su apoyo para facilitar dicho viaje. Este le prometió su ayuda, convencido también de que Hernández de Alba era un estudioso que podía aportar mucho a la cultura de Colombia.

Ahora estamos en el lujoso hotel El Prado, de Barranquilla, una preciosa edificación con grandes ventanales y techo de tejas rojas, rodeada de palmeras.

Hace calor y la intensa luz del sol es cegadora. El barco en el que debíamos zarpar ha retrasado su partida un día, así que será mañana 2 de septiembre, si no se presentan nuevos contratiempos, cuando emprendamos el regreso a Francia.

En la habitación, Rivet, trata de poner en orden sus impresiones. Su estancia en Colombia ha estado llena de emociones y experiencias enriquecedoras. Mientras aguarda a que el sol castigue menos para dar un paseo por la ciudad costeña, escribe varias cartas de agradecimiento, entre ellas una dirigida a Gregorio Hernández de Alba y a su esposa Helena Ospina:

A usted, a su señora quiero decir todo mi cariño y todo mi reconocimiento. No hay duda que fue a merced de usted que mi viaje a Colombia fue tan lleno de enseñanzas, especialmente esta excursión a San Agustín que quedará como el mejor de mis recuerdos colombianos. Deseo verlos muy pronto en París para poder trabajar juntos y contribuir al desarrollo científico de su querida Patria.

Mañana Colombia quedará atrás. Partiremos al encuentro con Mercedes, con el Museo del Hombre que, a la orilla del Sena, frente a la torre Eiffel, aguarda con impaciencia a su creador y director. ¿Volverá alguna vez nuestro propietario a estas tierras de la *Amérique du Sud* y nosotros con él?



V

El cuaderno

(París, 1939-
Océano Atlántico, 1941)



Rivet tiene tantas y tantísimas ideas, proyectos, tareas y compromisos que si no los anotara en algún sitio, irremediablemente se le olvidarían. Por eso, su esposa me adquirió en una elegante papelería de Marais, donde me envolvieron en un crujiente papel de seda verde tornasol.

El 7 de mayo de 1939 fui depositado en las manos de Rivet, como regalo de su cumpleaños 63, y mi dueño me recibió con beneplácito.

—Gracias, Mechi querida —dijo y le dio un beso.

Desde ese día, me he convertido en el mejor auxiliar de su memoria.



No, no sirvo como diario. Soy un simple cuaderno de apuntes, de tapas de cuero negro, pequeño y cómodo, capaz de acomodarme sin protestas en el bolsillo de su abrigo. En mí, el profesor anota las horas de sus reuniones, nombres y direcciones de personas y, a veces, palabras o frases al parecer incongruentes que acuden a su mente y que, tal vez, más tarde le sirvan para iniciar alguno de sus artículos. Por fortuna el papel con el que me fabricaron es fino y resistente, y yo poseo muchas páginas, por lo que seguramente estaré a su servicio durante un buen tiempo.

En estos meses mi dueño, sin abandonar sus ocupaciones académicas, se dedica cada vez más a sus actividades políticas como miembro del Partido Socialista y, en especial, al funcionamiento del Comité de Vigilancia de los Intelectuales Antifascistas, que fundó en 1938 junto con el sabio Paul Langevin. La Alemania nazi constituye una amenaza terrible y le preocupa hondamente la situación de Francia y de toda Europa. Es elegido, primero, miembro del Consejo Municipal de París y, luego, del Consejo General del Sena.

A principios de 1939, anotó en una de mis páginas: *Llegan Hernández de Alba y su familia*. En efecto, el joven y entusiasta antropólogo que conoció durante su viaje a Colombia fue recibido con beneplácito en París, donde realizó estudios diversos bajo la dirección de Marcel Mauss y del propio Rivet. Para facilitar el viaje de Gregorio Hernández de Alba, el gobierno lo nombró vicecónsul en París.

En compañía de su esposa Helen y de sus pequeños hijos Carlos y Gonzalo, es visita frecuente en el hogar de Paul y Mercedes Rivet, donde la tensa situación política constituye un tema de conversación reiterado. Pero Rivet y Hernández de Alba también hablan de lo estupendo que sería crear en Colombia, en el futuro, un museo-laboratorio donde se expusieran las colecciones arqueológicas y se formarían los futuros antropólogos del país.

En septiembre, estalló la segunda guerra mundial. A Rivet le tocaba ser testigo de otra contienda bélica y, aunque ya no era el hombre joven y fuerte que había combatido en las batallas de 1914, cerró filas contra Hitler utilizando esta vez un arma diferente: su palabra fogosa.

Las fechas no se me confunden, porque Rivet lo anotó todo con su letra nerviosa, de rasgos firmes. En mayo de 1940, las tropas del Tercer Reich penetraron en el territorio francés. El 17 de junio, el

mariscal Petain firmó un armisticio con los invasores alemanes. A pesar de que Petain había sido su comandante durante la primera guerra mundial, Rivet hizo declaraciones públicas en las que ponía de manifiesto su total desacuerdo con esa decisión que entregaba Francia a Hitler.

El Museo del Hombre no cerró sus puertas. Y mantenerlas abiertas, era todo un desafío, ya que el Museo contradecía las teorías sobre la supuesta superioridad de la raza aria, las ideas que difundía representaban un desacato a la ideología nazi. Rivet y sus colaboradores convirtieron el Museo del Hombre en uno de los principales centros de la resistencia francesa, en franca oposición al gobierno colaboracionista y a los invasores alemanes.

En un mimeógrafo, Rivet y sus compañeros publicaban un periódico clandestino, llamado *La Resistencia*, en el que con encendidos escritos exhortaban a sus compatriotas a enfrentarse al enemigo.

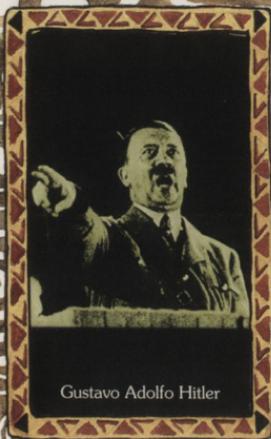
Aunque en las cartas que dirigía a sus amigos y colegas del extranjero Rivet aparentaba que, a pesar de la ocupación, todo en el Museo del Hombre continuaba igual, lo cierto es que no era así. La situación se tornaba más grave día a día. Varios de sus colegas y compañeros de la Resistencia fueron detenidos o desaparecidos.

Rivet pidió a su esposa que viajara a Ecuador y permaneciera un tiempo con sus familiares, hasta tanto llegaran tiempos mejores y, a regañadientes, Mercedes lo obedeció.

Todos temían por la vida de mi dueño y trataban de convencerlo para que también él abandonara la Francia ocupada, pero Rivet se negaba a pensar siquiera en esa posibilidad. Sin embargo, llegó un momento en que, amenazado de arresto, tuvo que esconderse. La suerte estaba echada: gustárale o no, era preciso que marchara al exilio.

Y un amigo de tierras lejanas, el presidente colombiano, acudió en su ayuda. Gregorio Hernández de Alba le había escrito explicándole la delicada situación en que se hallaba Rivet, y la respuesta del doctor Eduardo Santos fue ofrecerle trabajo como investigador en Colombia.

Pero primero debía escapar de Francia, burlar la persecución nazi. No fue fácil, no. Con una maleta, en la que reunió algunos libros y pertenencias, Paul Rivet salió de París, con un nombre falso. Yo, siem-



Gustavo Adolfo Hitler

pre a su lado, lo acompañé en esos difíciles momentos.

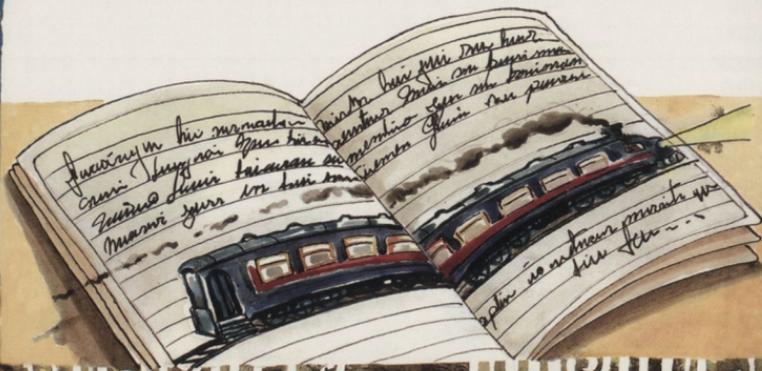
En una ocasión, el tren en que viajábamos se detuvo en una pequeña estación y varios militares subieron a pedir los documentos de los pasajeros. Hernández de Alba mostró su pasaporte colombiano y, señalando a Rivet, que fingía dormir, explicó: "Es mi abuelo". Los militares, dejándose engañar por el

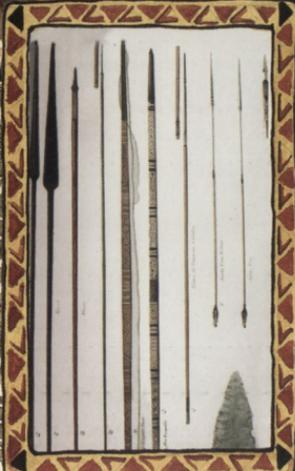


aspecto de aquel anciano que parecía dormir plácidamente, ajeno a la situación de guerra, sonrieron y continuaron su pesquisa en los restantes vagones.

Luego de mil peripecias, conseguimos cruzar la frontera y llegar a España. A la España de Franco, aliado de Alemania.

Conseguir pasajes para América tampoco resultó fácil. Eran muchas las personas que, por distintas razones, deseaban abandonar el viejo continente y refugiarse del otro lado del Atlántico. En el puerto de Bilbao abundaban las lágrimas y los sobornos de quienes querían, a cualquier precio, partir.





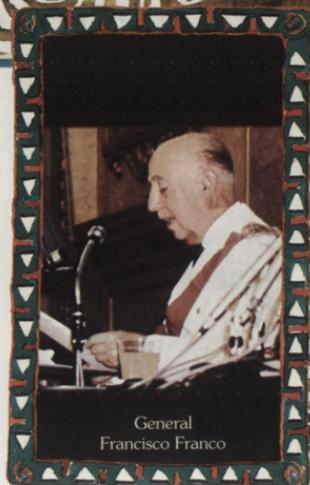
Pero, por fin, en los primeros días de mayo de 1941, zarpamos en el Magallanes, un barco de la Compañía Trasatlántica Española. En la cubierta, junto a Hernández de Alba, Helen y los pequeños Carlos y Gonzalo, Rivet vio como las costas hispanas iban desdibujándose en el horizonte.

—El peligro ha quedado atrás —dijo Helen, con un suspiro de alivio.

Carlos y Gonzalo tomaron cada uno por una mano a Rivet y lo llevaron a recorrer las instalaciones del Magallanes. El navío estaba repleto de pasajeros que hablaban distintos idiomas.

—Casi todos son judíos —explicó Rivet a los hijos de su colega—. Muchos han perdido sus fortunas, pero están felices porque han puesto a salvo su posesión más valiosa: la vida.

En el restaurante del barco, en un sitio preferencial, había un gran retrato de Franco, el “caudillo”, representante de las fuerzas



reaccionarias de España. En las comidas, Rivet procuraba sentarse siempre de espaldas a aquella imagen.

—Para que no me caiga mal lo que como —explicaba.

El Magallanes era un buque grande, pero poco confortable. El servicio era pésimo y en una oportunidad, exasperado por la grosería y brusquedad de un camarero, Hernández de Alba protestó exigiendo mejor trato.

—¿Usted cree que somos presos políticos de Franco? —le dijo, furioso, al empleado.

Para colmo, todos enfermaron del estómago.

Por suerte, los días transcurrieron de prisa y pronto avistaron las luces de La Habana. En la capital de Cuba permanecieron poco tiempo, pero el suficiente para dar un recorrido por la ciudad y contagiarse con la vitalidad y la alegría de aquella gente del Caribe, elegante, sonriente y servicial, para quienes la guerra era apenas una serie de noticias que aparecían en los periódicos.

En compañía de Ricardo Gutiérrez, un amigo de Hernández de Alba, visitaron las callejuelas de La Habana colonial, la Plaza de Armas con sus fuentes rumorosas y la hermosa catedral de torres desaparejas. Cuando caminaban por el paseo del Prado, Carlos y Gonzalo se detuvieron, maravillados, ante los leones metálicos que custodiaban la transitada avenida.

—Cuando Cuba dejó de ser colonia, fundieron algunos de los cañones que defendían sus fortalezas y con ese metal hicieron los leones —les explicó su acompañante habanero.

Pasaron en automóvil por el Malecón y llegaron a las playas de un azul indescriptible y arena finísima, donde hombres y mujeres bailaban con la música de las orquestas.

Rivet pudo entrevistarse con un importante científico cubano, cuyos artículos y libros sobre la cultura negra de la isla conocía desde años atrás: el sabio Fernando Ortiz, de quien se decía que era “el segundo descubridor de Cuba”. Conversaron del mestizaje americano y prometieron intercambiar sus publicaciones.

Don Fernando los invitó a un almuerzo delicioso. Comieron masas de cerdo fritas, yuca con mojo y un arroz con frijoles delicioso, al que los cubanos llamaban humorísticamente “moros y cristianos”. De pos-tre, paladearon deliciosos helados de fruta y arroz con leche espolvo-reado con canela. Luego, asistieron a un concierto de música ritual afro-cubana que él había organizado para sus distinguidos huéspedes.

Acompañada por el repicar de tres sonoros y coloridos tambores *batá* cuyas formas Rivet dibujó al vuelo en mis páginas —*iyá*, el tam-bor madre; *itôtele*, el mediano, y *okònkolo*, el pequeño—, una jovenci-ta mulata vestida de amarillo entonó cantos a Elegua, Oshún, Obbatalá y otras deidades negras:

*Imbe imbe, ma Yeyé,
imbe imbe l'oro ke.
Omi, omi yeyé,
omi yeyé m̄a sara wao.*

Rivet y sus amigos estaban sorprendidos: ¿cómo era posible que el pequeño y frágil cuerpo de aquella cantante guardara una voz tan po-tente y hermosa?

—La felicito —dijo Rivet a la muchacha, cuando concluyó el con-cierto—. Me encantaría grabar su voz para el Museo del Hombre. ¿Cómo se llama usted, hija mía?

—Merceditas Valdés, para servirle.

De La Habana, proseguimos viaje a Nueva York, adonde llegamos el 24 de mayo a las 8 de la noche. La estatua de la Libertad nos dio la bienvenida. Descendimos de los primeros. En el puerto, estaban aguar-dándonos el arqueólogo Mr. Kelley y otros amigos. Nos hospedamos en el hotel Bretton Hall y, al igual que en La Habana, se sucedieron las conversaciones con colegas, los paseos y las visitas a museos. Estados Unidos de Norteamérica representaba la esperanza de Europa en su guerra contra la Alemania de Hitler. Y debo confesar que me agradó aquella ciudad de tránsito lento pero numeroso y llena de anuncios lumínicos por todas partes.

El 6 de junio tomamos el barco Santa Rosa, rumbo a Barranquilla. Un navío confortable, atendido por empleados amables, en el que desde el primer momento nos sentimos a gusto.

A Rivet y a mí nos correspondió el camarote 17. Más que un camarote, parecía un apartamento de lujo, con una amplia alcoba, un saloncito, un baño y hasta un cuarto para acomodar el equipaje. ¡Qué diferencia con el Magallanes!

Todos estaban contentos, pues la llegada a tierra colombiana era inminente. Hasta Rivet, siempre preocupado por la situación de Francia, se mostraba entusiasmado ante la perspectiva del reencuentro con los amigos que había conocido tres años atrás y de ver de nuevo a su querida Mercedes, que en breve se reuniría con él.

El único que tenía una tristeza secreta mientras surcábamos las aguas del Atlántico era yo: el cuaderno de apuntes del profesor Rivet. Con tantas notas, observaciones y garabatos, casi todas mis páginas se encontraban llenas ya. Sabía que cuando arribáramos a Colombia, más temprano que tarde, sería sustituido por un cuaderno nuevo. Pero, ¿qué hacer? Ese es nuestro destino. A pesar de todo, me sentía orgulloso de haber acompañado, durante el tiempo más difícil de su vida, a un científico admirable.





VI

El llavero

(Bogotá, 1941-1943)

esde que se levanta, muy temprano, hasta que se acuesta a dormir tarde en la noche, después de leer o escribir muchas páginas, lo acompaño. Voy a todas partes con él, en uno de sus bolsillos, sujetando cuatro llaves. La primera es la de la puerta principal del edificio donde vive, en la avenida Caracas con la calle 22; la segunda, es la de su apartamento, situado en el cuarto piso; la tercera, es la de la gaveta de su escritorio, y la última, la de su oficina en el Instituto.

Debo aclarar, para evitar malos entendidos, que como llavero no soy nada del otro mundo. No me fabricaron con ningún metal precioso ni tengo ninguna forma especial. Soy una simple argolla, sin ador-



no alguno, pero cumplo bien mi tarea de no perder ninguna de esas llaves del profesor Rivet.

Cuando llegó a Bogotá, el presidente de la República le dio la bienvenida y le dejó en libertad para escoger lo que deseaba hacer. Rivet hubiera podido dedicarse a adelantar sus investigaciones personales, pero se sintió atraído por un proyecto más retador: la creación y dirección del Instituto Etnológico Nacional.

El Instituto se fundó el 4 de julio de 1941, como una filial de la Escuela Normal Superior de Bogotá.

La Normal Superior tenía un claustro de profesores excepcional, varios de ellos llegados de Europa, como los alemanes Justos W. Sotthelius, Ernesto Guhl y Rudolf Hommes y los españoles José de Recasens, José Urbano de la Calle, Pablo Vila y José María Ots Capdequí. El presidente Santos había acogido de buena gana en el país a ese brillante grupo de intelectuales y científicos inmigrantes, con la seguridad de que su presencia en Colombia sería muy valiosa para renovar la educación nacional.

Y para que el alumnado estuviera a la altura de semejantes maestros, el rector de la Normal Superior, el doctor José Francisco Socarrás, había recorrido las principales ciudades del país seleccionando a los más destacados bachilleres. Aquellos jóvenes, escogidos por sus excelentes calificaciones, tomaban allí cursos de ciencias naturales, geografía, historia, matemáticas y lenguaje. Con la creación del Instituto Etnológico, podían optar, además, por los estudios de etnología, arqueología, geografía humana, lingüística y antropología.

El grupo que decidió estudiar Etnología era pequeño. Allí estaban Luis Duque Gómez, Blanca Ochoa, Alicia Dussán, Graciliano Arcila Vélez, Eliécer Silva Celis, Edith Jiménez, Gabriel Giraldo Jaramillo y Alberto Ceballos Araujo, quienes integraron la primera promoción de etnólogos graduados en Colombia. Algunos de ellos habían colaborado antes con el profesor Sotthelius cuando este, que fue el pionero en dictar la cátedra de Arqueología en la Normal Superior, realizó en 1939 una investigación en la Cueva de los Santos, en Santander.

Rivet daba las clases de Lingüística y Antropología Física; José de Recasens era profesor de Geología del Cuaternario y Prehistoria; Hernández de Alba enseñaba Etnografía, compartiendo con los estudian-

tes los conocimientos que le había entregado Marcel Mauss durante su estancia en París.

—¡Qué fría es Bogotá! —se quejaba mi dueño todo el tiempo. Acudía a sus clases con un sobretodo grueso y, debajo, vestido y chaleco oscuros, de paño. Con un maletín negro y sin sombrero. Sencillo y austero, algo encorvado, aquel anciano transmitía a su paso dignidad y respeto.

La Normal Superior estaba situada frente a la estación de la Sabana. Las clases de Rivet tenían lugar a primera hora de la mañana, en la segunda planta, en aulas modestas, de bancas y sillas muy sencillas. El piso, de madera, no estaba encerado y si los alumnos saltaban sobre él, se levantaban nubes de polvo.

Rivet siempre llegaba puntual, a pesar de que generalmente se trasladaba de un sitio a otro de la ciudad caminando. Era un profesor que contagiaba el entusiasmo por las materias que dictaba. Sus lecciones eran apasionantes: se movía de un extremo a otro del salón, siempre inquieto; le gustaba dialogar con los estudiantes y hacer en el tablero esquemas y dibujos que, a diferencia de otros profesores, él mismo borraba sin temor a ensuciarse con el polvillo de la tiza. Enseñaba a sus discípulos a realizar análisis de grupos sanguíneos y mediciones antropométricas, los entrenaba en la escritura fonética. Y los exhortaba a ser muy precisos en los datos científicos que recopilaban durante su vida de investigadores.

Al poco tiempo de haber llegado Rivet a Bogotá, falleció el arqueólogo Soththelius. Antes de morir, había pedido a Socarrás que sus alumnos prosiguieran los estudios arqueológicos que había iniciado con ellos. Uno de sus estudiantes, Luis Duque Gómez, estuvo junto a su lecho de muerte, en la clínica de Marly, y quedó muy triste por la pérdida de su profesor.

Rivet se percató y un día, en los pasillos de la Normal Superior, le dijo:

—Luis, lo noto muy abatido por la pérdida de Soththelius. Usted es un excelente estudiante y quiero invitarlo a que, además de las clases que recibe conmigo, me ayude en unos estudios que estoy preparando sobre antropología de Colombia y de América.



Así fue como Duque Gómez pasó a ser su discípulo predilecto. Aunque, a decir verdad, Rivet apreciaba a cada uno de aquellos jóvenes entusiastas y ávidos de conocimientos con los que compartía su vasto saber. Todos poseían rasgos y cualidades que los hacían únicos. Unos se inclinaban hacia un campo específico de la etnología; otros, sentían un mayor interés por otras ramas. Pero todos tenían en común el amor por el estudio.



Rivet invitaba a sus discípulos a visitarlo en el apartamento, cuyas escaleras casi siempre guardaban un fuerte olor a cebolla, proveniente de la cocina de una familia de emigrados polacos que vivía en el primer piso. Dialogaba mucho con sus estudiantes, se interesaba por sus vidas y por sus familiares, y les prestaba los escasos, pero valiosos, libros que había conseguido traer de Francia: obras de Henri Vallois, Marcel Boule, Erlan Nordenskiöld, Mauss, Meillet y Cohen... Les transmitía su pasión por la ciencia, su eterna curiosidad, y los





retaba a adentrarse en un universo desconocido, que dormía a la espera de los jóvenes antropólogos que se darían a la tarea de explorarlo.

Mercedes les brindaba tinto y, en ocasiones especiales, una copa de vino. Les hacía confidencias a las chicas, de las que era muy buena amiga, al igual que de Eliécer Silva Celis, quien cuando visitaba a su familia,

que residía en un pueblo cercano a la capital, a su regreso siempre le traía de regalo frutas y viandas frescas.

A veces, en medio de una grata charla, Blanca y Edith miraban el reloj y se levantaban de sus respectivos asientos como impulsadas por resortes.

—Pero, ¿ya se marchan? Aún es temprano —decía Mercedes.

—Es que en el convento donde nos alojamos, las monjas cierran la puerta a las 8 de la noche y si llegamos después de esa hora, no nos dejan pasar —explicaba Blanca.

—¡Pues corran, porque faltan 15 minutos para las 8!



Los Rivet habitaban en una vivienda discreta, sin lujos ni servidumbre. Tenían lo indispensable y nunca se lamentaban de haberse visto obligados a abandonar su hogar en París. Por las noches, los emigrados europeos se reunían en aquella casa para hablar de política y del rumbo de la guerra.

Como Rivet estaba convencido de que la teoría debía vincularse, desde los primeros momentos, a la práctica, el Instituto no tardó en organizar sus primeras expediciones, financiadas por la Universidad de Yale. En diciembre de 1941, pocos meses después del inicio de las clases, los jóvenes estudiantes, acompañados por algunos de sus maestros y otros colaboradores, salieron de Bogotá rumbo a distintos departamentos.

En el primer grupo, dirigido por Hernández de Alba, iban los alumnos Blanca Ochoa, Graciliano Arcila Vélez y Eliécer Silva Celis, junto a la enfermera Soledad Izquierdo y Gabriel Ospina, estudioso de la música y la danza de los indígenas. Ellos permanecieron tres meses en Tierradentro, realizando investigaciones arqueológicas, etnográficas, lingüísticas y antropológicas, midiendo a los indígenas y clasificando sus grupos sanguíneos.

El segundo grupo, formado por Luis Alfonso Sánchez y el profesor estadounidense James Ford, fue a desarrollar labores de arqueología en el valle del Cauca. Y el tercero, encabezado por Luis Duque Gómez, estudió la cultura quimbaya en distintas regiones de Caldas.

Todos estos colectivos trabajaron bajo la orientación del doctor Rivet, quien leía con entusiasmo los informes que llegaban a su despacho en el Instituto Etnológico.

Esas expediciones, y las que realizaron posteriormente, fueron verdaderas aventuras. Había que ser valiente para adentrarse en regiones a las que por entonces no se podía llegar por carretera y que aparecían identificadas con manchas blancas en los mapas. Con frecuencia tenían que abrirse camino a machete limpio, por territorios incomunicados. Los "cargueros" llevaban los equipos y las provisiones. Y aunque el esfuerzo era mayúsculo, todos estaban convencidos de la importancia de su labor: su trabajo permitía conocer un país desconocido, compartir la vida de las comunidades indígenas, difundir su realidad.

Los miembros de la expedición enviada a Tierradentro regresaron con un verdadero tesoro: como resultado de las excavaciones traían consigo cuatro estatuas pétreas, seis cajas de piezas de cerámica y una de utensilios de piedra; habían registrado 50 discos de lengua y música y filmado una película sobre la vida de los indígenas. Con ese material, se montó una exposición que fue inaugurada en junio de 1942 por el doctor Germán Arciniegas, ministro de Educación.

El presidente Eduardo Santos entregó personalmente sus diplomas de graduados, en un sencillo acto celebrado en Palacio, a aquella primera promoción de etnólogos. Por tratarse de una ocasión especial, Rivet acudió elegantísimo, con un saco leva.

Había dos cosas que enfurecían a Rivet, dos cosas que lo ponían verdaderamente iracundo.

La primera de ellas, era que alguien simpatizara con la ideología nazi o defendiera al gobierno traidor de Vichy: en esos casos, perdía la paciencia y decía con franqueza todo lo que pensaba. Era intransigente.

La otra, era que los ladrones se llevaran el timbre colocado en la puerta de acceso del edificio donde residía. Si esto pasaba, como vivían en un cuarto piso, no había manera de saber cuando alguien quería subir a su apartamento. Los visitantes tenían que gritar a voz en cuello, desde abajo, su nombre. Rivet se asomaba a la ventana y cerraba el puño, iracundo:

—¡Esos canallas! ¡Otra vez se robaron el timbre! ¡Ah, si caen en mis manos juro que...!

—Cálmate, profesor —decía Mercedes, a sus espaldas—. Mañana compraré otro.

—¡Ya hemos comprado tres en menos de dos meses, Mechi! —protestaba su esposo, y luego, gritaba a quienes aguardaban en la acera—: ¡Un momento! —y bajaba a abrirles.

Aunque a veces, cuando se trataba de algún alumno de confianza, en lugar de bajar las escaleras, prefería lanzarle las llaves. Me sacaba de su bolsillo y —¡horror!— me tiraba ventana abajo. ¡No se imaginan el mal rato que pasaba este pobre llavero! Por suerte, siempre aterricé sano y salvo.

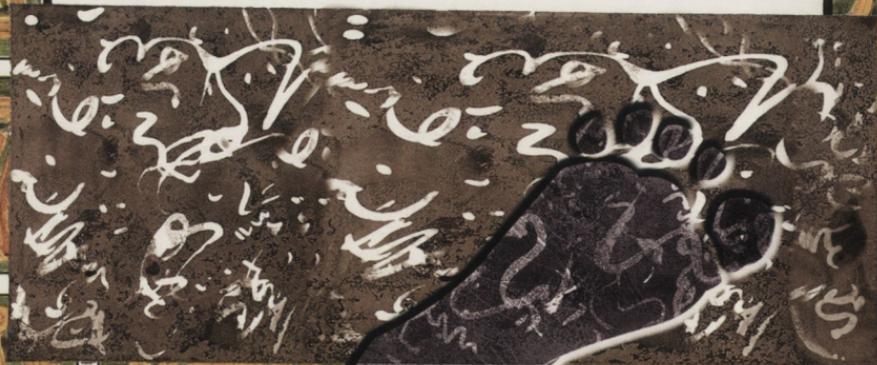


En este período, Rivet estableció una estrecha amistad con un intelectual muy cercano a los franceses libres de Colombia: Gerardo Reichel Dolmatoff. El joven, que había llegado al país en 1939 proveniente de Alemania, compartía su pasión por la antropología y había tomado cursos de esa especialidad en París. Los sábados y domingos, Reichel Dolmatoff y su



novia Alicia Dussán llevaban a Rivet a hacer excursiones en automóvil a sitios arqueológicos de la Sabana: Suacha, Sopó, Zipaquirá...

Otra persona muy cercana a los Rivet, que les brindó hospitalidad y una cálida amistad, fue doña Lucrecia, la madre de Alicia Dussán. Dama generosa y solidaria, entregó su ayuda a ellos y a otros emigrantes europeos que dejaban atrás sus hogares y arribaban a un país diferente escapando de la guerra. Doña Lucrecia abrió su casa al matrimonio Rivet y los hizo sentir parte de su familia.





Quando Gerardo y Alicia decidieron contraer matrimonio, pidieron a Rivet y a su esposa que fueran sus padrinos de boda. Mi dueño tardó un poco antes de contestar y por un instante la joven pareja temió que su respuesta fuera negativa:

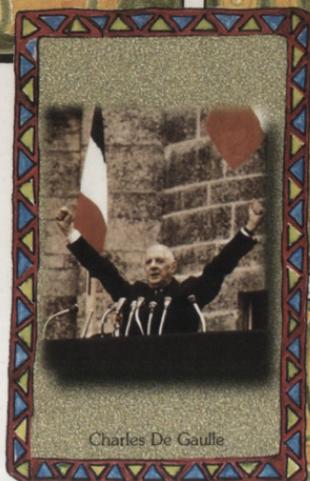
—Bien —accedió al fin—, ¡pero con una condición!

—¿Cuál, profesor?

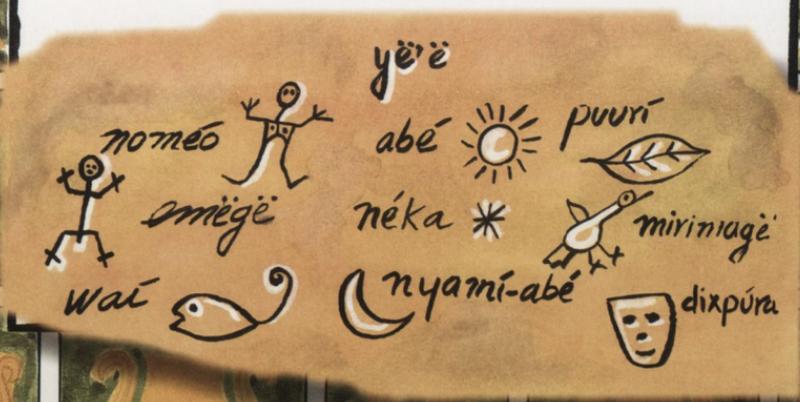
—Si no tengo que arrodillarme en la iglesia.

Pero no sólo fue padrino de Gerardo y Alicia, también lo fue del matrimonio de otro de sus discípulos, Graciliano Arcila Vélez, cuando este se casó con su novia.

Durante los dos años que vivió en Colombia, Rivet escribió su más famosa obra: *Los orígenes del hombre americano*, en la que exponía toda la información que había recopilado para demostrar que los primeros pobladores de América no sólo



Charles De Gaulle



provenían de Asia, sino también de Australia y de la Melanesia. El libro se publicó en francés en Montreal, Canadá, en 1943, y ese mismo año apareció en México, traducido al castellano por su gran amigo y colaborador José de Recasens.

En esta etapa, además de crear la *Revista del Instituto Etnológico Nacional*, realizó una incansable labor de tipo político. Redactó muchos artículos contra el fascismo, como miembro de la resistencia en el exilio, y fue presidente de honor del Comité de la Francia Combatiente. Para impulsar las investigaciones del Instituto, Rivet escribió a su amigo el general De Gaulle y obtuvo ayuda económica de la Francia Libre.

En 1943, Rivet tuvo la satisfacción de graduar la segunda promoción de etnólogos colombianos formados por él. Ese grupo lo integraron Virginia Gutiérrez, Roberto Pineda Giraldo, María Rosa de Recasens, Milciades Chávez, Inés Solano, Miguel Fornaguera Pineda y Francisco de Abrisqueta.

Posteriormente, los jóvenes investigadores se nutrieron con otras corrientes y tendencias científicas diferentes a las que profesaba Rivet, pero no hay duda de que el magisterio y el ejemplo del autor de *Los orígenes del hombre americano* fueron decisivos para la consolidación de la antropología como ciencia en Colombia.

Durante ese mismo año de 1943, Rivet recibió una comunicación del general De Gaulle en la que lo nombraba Consejero para América Latina y Agregado Cultural del Gobierno de la Francia Libre en México. Tomó la decisión de renunciar a su cargo en el Instituto Etnológico y trasladarse con su esposa a ese país. Propuso que Luis Duque Gómez lo sustituyera en el puesto, lo cual fue aceptado.

Yo, su llavero, supe que el fin de nuestra relación se avecinaba. Rivet devolvió la llave de su oficina en el Instituto y me entregó a mí, con las otras tres, a los propietarios del apartamento en que había residido durante ese período de su vida. Y aquí me quedé, en Bogotá, mientras él y Mercedes, con unas pocas valijas, casi todas llenas de libros, partían hacia la capital mexicana.



VII Epílogo

i el profesor Rivet fue un científico, también fue un político que profesó siempre, con valor desafiante, su interés profundamente democrático y su amor, su "loco amor" como decía, por la libertad del hombre, por su convivencia y su paz.

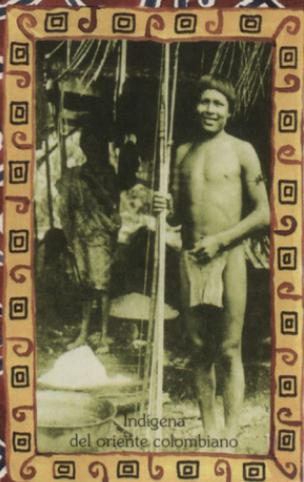
Gregorio Hernández de Alba

Quizás ningún otro científico europeo hizo tanto y de tan excelente calidad para la ciencia americanista.

Luis Duque Gómez

En México, Rivet fundó el Instituto Francés de América Latina, un centro de enseñanza e investigación. Al concluir la segunda guerra mundial, volvió a Francia, para retomar la dirección del Museo del Hombre y continuar publicando artículos científicos sobre América Latina, en especial sobre sus lenguas indígenas.





Indígena
del oriente colombiano

Fue electo diputado de París y presidente del Consejo Superior de la Radiodifusión y de la Comisión Nacional de Francia en la Unesco. En 1947, organizó y presidió el Congreso de Americanistas en París.

Rivet fue una celebridad de la antropología a nivel mundial. Su presencia era reclamada para presidir eventos científicos de la mayor importancia. Varios altos

centros de estudios de América Latina le concedieron el título de doctor honoris causa e, igualmente, fue distinguido con galardones en otros muchos países.

Y, a pesar de su avanzada edad, siguió viajando e investigando: como representante del gobierno francés visitó Libano, Siria, Austria, Italia, Filipinas, India, Inglaterra, Bélgica, Austria, Italia y Estados Unidos de Norteamérica. Pero lo que más placer le producía era regresar a su "segunda patria": América Latina; en esta etapa estuvo en Brasil, Perú, Bolivia, Ecuador, Panamá, Guatemala, Cuba, Chile, Honduras, Costa Rica, Uruguay, México...





En 1948, de paso hacia otra nación para asistir a un congreso, Rivet hizo una escala muy breve en Bogotá. En un país convulso por los acontecimientos políticos, se reencontró con algunos de sus amigos y antiguos discípulos y asistió al acto solemne en el que los restos del arqueólogo Sotthelius fueron depositados en el edificio del Museo Nacional.



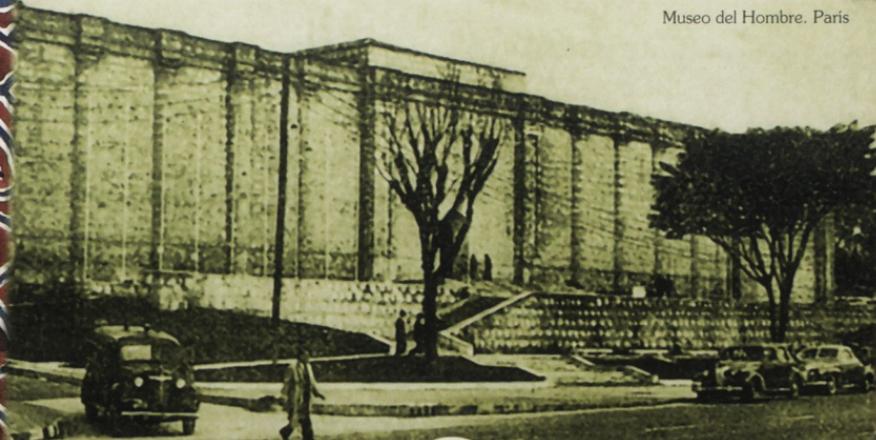
Gregorio Hernández de Alba, acompañado por un indígena

Nunca olvidó a sus alumnos colombianos. Siempre continuó en contacto con algunos de ellos, escribiéndoles y manteniéndose al tanto de sus investigaciones.

Al volver de un viaje a México, cayó gravemente enfermo. Después de una penosa enfermedad, este pionero de los estudios americanistas, formador de los primeros antropólogos colombianos, falleció en París, el 21 de marzo de 1958, a los 81 años de edad.

Poco antes de morir, le había dirigido una carta a Luis Duque Gómez en la que expresaba: “Quiero tanto a Colombia como a Francia”.

Museo del Hombre. París



Agradecimientos

*A los antropólogos Luis Duque Gómez,
Blanca Ochoa de Molina,
Alicia Dussán de Reichel y Graciliano
Arcila Velez, quienes formaron parte
del primer grupo de discípulos de
Paul Rivet
en Colombia, y compartieron conmigo
valiosas informaciones y recuerdos.*

*A Clara Isabel Botero,
directora del Museo del Oro
del Banco de la República,
quien me orientó en el laberinto.*

*A Mañía Victoria Uribe, directora del
Instituto Colombiano de Antropología,
donde consulté
importantes documentos.*

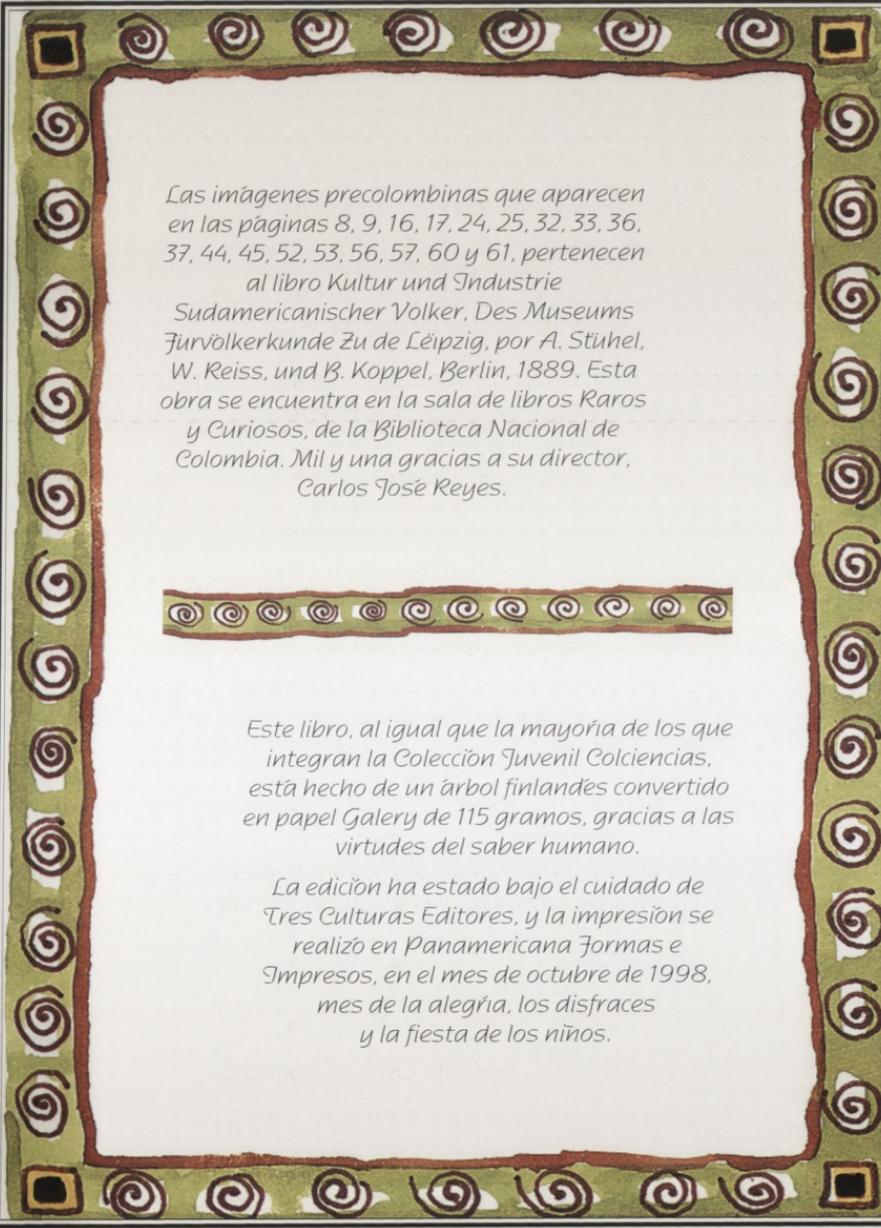
*A Silvia Mora, jefe del departamento de
Arqueología y Etnografía
del Museo Nacional de Colombia.*

*A la Biblioteca Luis Ángel Arango, y en
particular a Luz Caridad Peña, encargada
del servicio de investigadores.*

*Al Instituto Francés de América Latina,
con sede en México, que al conocer de este
proyecto me envió un dossier con
documentos sobre la vida y obra de Rivet.*

*A Sergio Andricáin,
por sus observaciones y colaboración.*

Antonio Orlando Rodríguez



Las imágenes precolombinas que aparecen en las páginas 8, 9, 16, 17, 24, 25, 32, 33, 36, 37, 44, 45, 52, 53, 56, 57, 60 y 61, pertenecen al libro Kultur und Industrie Sudamericanischer Völker, Des Museums Fürvölkerkunde Zu de Leipzig, por A. Stübel, W. Reiss, und B. Koppel, Berlin, 1889. Esta obra se encuentra en la sala de libros Raros y Curiosos, de la Biblioteca Nacional de Colombia. Mil y una gracias a su director, Carlos José Reyes.



Este libro, al igual que la mayoría de los que integran la Colección Juvenil Colciencias, está hecho de un árbol finlandés convertido en papel Gallery de 115 gramos, gracias a las virtudes del saber humano.

La edición ha estado bajo el cuidado de Tres Culturas Editores, y la impresión se realizó en Panamericana Formas e Impresos, en el mes de octubre de 1998, mes de la alegría, los disfraces y la fiesta de los niños.





Cuando el médico militar Paul Rivet llegó por primera vez a las tierras de nuestro continente, como parte de una expedición científica, no sospechaba que se enamoraría profundamente de América Latina y que dedicaría el resto de su vida a estudiar al hombre americano. En este relato biográfico se narran los principales acontecimientos de su larga vida, en la que la investigación científica y la militancia política tuvieron gran relieve. Durante su estancia en Colombia, en los años de la Segunda Guerra Mundial, Rivet fue profesor de las primeras promociones de antropólogos del país, a quienes transmitió su amor por la etnología y por la libertad y la dignidad humanas.

Antonio Orlando Rodríguez (1956), escritor e investigador literario cubano radicado en Colombia, ha publicado libros para niños y jóvenes como *Yo Mónica y el Monstruo*, *Un elefante en la cristalería*, *Struff y Concierto para escalera y orquesta*. Es autor, además de los estudios *Panorama histórico de la literatura infantil en América Latina* y *el Caribe, Puertas a la lectura* y *Escuela y poesía*.

CENTRO DE DOCUMENTACION



01005098

COLCIENCIAS